

Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 1992

Número: 36

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 36 (1992). <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3463>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

HISTÓRICAS

septiembre-diciembre 1992



BOLETÍN
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM

36

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

Gisela von Wobeser
Directora

Martha Loyo
Secretaria académica

Investigadores

Carlos Bosch García
Johanna Broda
Rosa de Lourdes Camelo
Víctor M. Castillo Farreras
Felipe Castro
Enrique Covarrubias
María José García Quintana
Amaya Garritz Ruiz
Virginia Guedea
Miguel León-Portilla
Janet Long Solís
Teresa Lozano Armendares
Leonor Ludlow
Carlos Martínez Marín

Álvaro Matute Aguirre
José Luis Mirafuentes G.
Roberto Moreno de los Arcos
Josefina Muriel
Edmundo O'Gorman
Juan A. Ortega y Medina
Sergio Ortega Noriega
Ignacio del Río
Rubén Romero Galván
Pablo Serrano Álvarez
Marcela Terrazas
Ernesto de la Torre Villar
Carmen Vázquez Mantecón
Silvestre Villegas Revueltas
Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos
Guadalupe Borgonio Gaspar
Cristina Garbó

Patricia Osante
Ricardo Sánchez Flores
Juan Domingo Vidargas

María Rosa Martínez Olmos
Secretaria administrativa

Javier Manríquez
Coordinador de publicaciones

Marianela Heredia Abarca
Coordinadora de biblioteca

Ramón Luna
Asesor editorial

HISTÓRICAS 36

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM
septiembre-diciembre 1992 ISSN 0187-182X



Gisela von Wobeser
Directora

Pablo Serrano Álvarez
Editor

Javier Manríquez
Jefe de redacción

Comité Editorial

Johanna Broda
Rosa Camelo
Amaya Garritz
Virginia Guedea
Janet Long Solís
Teresa Lozano Armendares
Carlos Martínez Marín
Álvaro Matute Aguirre
José Luis Mirafuentes
Ernesto de la Torre Villar
Carmen Yuste

Índice

Nota del editor	5
Autobiografía. Espíritu y vida en claro por <i>Juan A. Ortega y Medina</i>	6
Semblanza de Juan A. Ortega y Medina (1913-1992) por <i>Alicia Mayer</i>	11
El nacionalismo como objeto de conciencia en la obra de Ortega y Medina por <i>Eugenia Meyer</i>	17
Presentación del doctor Juan Antonio Ortega y Medina por <i>Álvaro Matute</i>	24
In memoriam por <i>Josefina Mac Gregor</i>	28
Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones por <i>María Cristina González Ortiz</i>	32
La empresa que transformó el Nuevo Mundo por <i>Javier Torres Medina</i>	39
Hidalgo y Costilla y "El Grito" del 16 de septiembre por <i>Carmen Vázquez Mantecón</i>	47
Un año bajo la dirección de un universitario por excelencia por <i>Amaya Garritz</i>	60

Proyecto de investigación Historia de la Historiografía Mexicana.
Los inicios de la historiografía nacional 66
por *Virginia Guedea*

Proyecto de investigación Historia de la Historiografía Mexicana.
Periodo 1848-1889. En búsqueda de una identidad nacional 69
por *Antonia Pi Suñer Llorens*

Nota del editor

Este número del Boletín *Históricas* está dedicado en su conjunto a uno de los investigadores más destacados del Instituto de Investigaciones Históricas, el doctor Juan Antonio Ortega y Medina, fallecido el pasado mes de julio de 1992.

Hemos querido hacer un sencillo pero merecido homenaje al doctor Ortega y Medina, con la participación de colegas, compañeros, discípulos, alumnos e investigadores, que tuvieron una relación estrecha y profunda con él, sobre todo, mediante el oficio de historiar, en el cual Ortega y Medina destacó imprimiendo huellas profundas en varias generaciones de historiadores y, por supuesto, en el desarrollo historiográfico mexicano.

Este Boletín es un homenaje al investigador, al maestro, al compañero, al amigo, al historiador transterrado, al impulsor, pero sobre todo al trabajo historiográfico del doctor Ortega y Medina que, estamos seguros, continuará entre nosotros con sus enseñanzas, aportes y obra.

Por esta ocasión en especial, hemos preferido no publicar noticias, reseñas, notas y artículos comunes al trabajo del Instituto, para realizar un homenaje exclusivo, sencillo y de conjunto de la vida académica del doctor Ortega y Medina, que ya no está entre nosotros físicamente, y cuya labor en el Instituto y en la UNAM puede catalogarse como única, excepcional y de excelencia en el área de las humanidades en general y la historia en particular. Los colaboradores de esta entrega así lo constatan y reafirman, ya sea desde la perspectiva de la docencia, la extensión de la cultura, la investigación y el afecto personal, incluyendo los temas históricos que el doctor Ortega y Medina trabajó o impulsó hasta el momento de su desaparición física, que todos los historiadores sentimos profundamente.

Autobiografía Espíritu y vida en claro

Balance o rendición de cuentas de un largo proceso vital que se inició para mí, y perdóneseme que me exprese en primera persona, en un lejano día de fines de 1941, cuando desembarqué en Coatzacoalcos en compañía de unos quinientos jóvenes españoles transterrados. Al pisar tierra mexicana dejaba tras de mí tres años de guerra civil, la cual viví al mando de un grupo de artillería en calidad de oficial del ejército republicano, formado un tanto profesional y provisoriamente en la escuela militar de Lorca; dos heridas físicas recibidas en combate; un año de desaliento y esperanzas en los campos de concentración de Francia y, sobre todo, una herida psíquica, profunda, difícil de cicatrizar, la producida por la injusta derrota republicana contra toda moral, razón y justicia.

Desde el punto y hora en que pisé la nueva y "suave" patria promisoría me juré y me hice el firme propósito de corresponder, en la medida de mis fuerzas y de mis capacidades, a la hospitalidad y generosidad de esta para mí tan nueva e inédita España, que pronto sería mi patria de adopción.

Breve fue mi estancia en Puerto México y lo llamo ahora así para subrayar la extrañeza y dificultad primera con que me topé fonética y lingüísticamente con el para mí, por aquel entonces, casi impronunciable locativo náhuatl, Coatzacoalcos: *en el escondite de la culebra*. Junto con una docena de compañeros inmigrantes fui enviado a Tapachula, y apenas llegados se levantó contra nosotros una hostil polvareda provocada por un panfleto local que ostentaba el significativo y picante nombre de *La Pulga*. Vivía México en este momento un periodo político bastante crítico con motivo de las elecciones presidenciales disputadas por los candidatos, generales Manuel Ávila Camacho y Juan Andrew Almazán; nuestra llegada a la ciudad chiapaneca, nuestro alojamiento provisional donde tenía sus oficinas el partido del gobierno, el PRM, concitó en contra nuestra un recelo singular y dio pábulo a la especie difamatoria denunciada por la saltarina publicación. Los compañeros, entre alarmados y temerosos, me encargaron que en un periódico local de más envidia, creo recordar que se llamaba algo así como *Diario de Tapachula*, desmintiese los infundios enarbolados en nuestra contra, y puse en seguida manos a la

obra. Escribí prontamente una adecuada réplica y la coroné con un título que tomé prestado del gran Cicerón, *Contumelia Maledicti*. Me acordé de mis latines bachilleriles y de mis estudios universitarios interrumpidos por la guerra civil española (1936-1939) y adorné nuestra defensa o mejor será decir la salpiqué con frases explicativas del *Lebensraum*, de la *Blitzkrieg* alemana, tan lejanas y distintas a las serenas *afinidades electivas* de Goethe.

La publicación de este artículo dio un nuevo rumbo a mi vida, la pequeña colonia española residente en Tapachula dejó de murmurar y de avergonzarse de nosotros; los cafetaleros alemanes se sintieron halagados por la diferencia que establecía entre la Alemania nazi y la patria de Goethe, y no pude menos de aludir, como expuse, a la *Wahlverwandtschaft* goethiana que emparentaba a la cultura hispánica con la germánica.

Este artículo defensivo obró mucho en mi favor, recibí ayuda de los lectores interesados y pude venir a la capital mexicana a continuar mis estudios mediante una modesta beca de 90 pesos mensuales, pesos de entonces, por supuesto. Pero, ay de mí, apenas llevaba dos meses disfrutando de esta prebenda, cuando México entró en guerra contra las potencias del eje y, al intervenir nuestro gobierno las cuentas bancarias de los extranjeros, me vi privado de tan imprescindible, cuanto útil ayuda. Al mal tiempo, me dije, buena cara, y me desempeñé en diversos empleos eventuales para continuar mis estudios en la Escuela Normal Superior donde estudiaba la carrera de Historia, porque se me había dicho que terminando los cursos curriculares se obtenía el nombramiento de profesor en las escuelas secundarias de la Secretaría de Educación Pública, como así ocurrió en efecto. Alternaba el estudio con el trabajo y los sábados, en compañía de un amigo que poseía un "fordcito" viejísimo, de película cómica de los años veinte, nos dedicábamos a vender medicinas y remedios para el ganado y las aves por todos los ranchos, granjas y establos aledaños a la capital. Todavía muy de tarde en vez, me despierto en la noche acosado en el sueño por jaurías rancheras que rechazan nuestra presencia en un territorio que los canes, como buenos defensores territoriales, consideraban exclusivamente suyo. Al ser nombrado profesor del instituto español *Luis Vives* pude evitarme las sabáticas excursiones y dedicar mi tiempo a actividades más provechosas y educativas.

A pesar de estas vicisitudes y altibajos nada me impidió continuar mis estudios y he de agradecer a la Normal Superior toda la información y formación que recibí de un equipo de notables y responsables mentores. Aprovecho esta ocasión, Día del Maestro, para rendir aquí testimonio público de admiración y gratitud a mis maestros de entonces, a aquellos precisamente que más influyeron en mi vocación profesional: Miguel Othón de Mendizábal encabeza, con todo derecho, la lista de "mis acreedores preferentes", que es como don Ramón Carande llamó a los suyos. Siguen, en el orden de mis recuerdos, Jorge Vivó, Ermilo Abreu Gómez,

José Mancisidor, Mario Souza y el licenciado M. R. Palacios, por nombrar algunos. Terminé con éxito mis estudios y fui adscrito como profesor de Historia a la Secundaria núm. 4 dirigida entonces por el excelente pedagogo don Luis Calvo, el cual, lo confieso con devota emoción, se mostró siempre cordial y comprensivo y me ayudó desinteresadamente a resolver los problemas pedagógicos y psicológicos que todo maestro novel encuentra frente a los grupos de alumnos adolescentes. Acogiéndome a un convenio establecido entre la Escuela Normal Superior y la Universidad Nacional Autónoma de México, convalidé mi título normalista y me inscribí en la Facultad de Filosofía y Letras en los cursos de maestría y doctorado, y el 6 de marzo de 1952 me gradué Maestro de Historia con una tesis recepcional que obtuvo el reconocimiento *cum laude*. Ocho meses después, el 5 de noviembre, presenté mi tesis doctoral que fue aprobada por unanimidad *magna cum laude*. Esto me permitió en 1954 concursar por una plaza de profesor de carrera en el nivel de entrada más bajo y, a partir de entonces, fui con los años de experiencia, estudio y publicaciones progresando hasta mi actual nombramiento. Tengo también que aclarar, pues es de justicia hacerlo así, que la huella que en mí dejaron los profesores del claustro de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, profesional y humanísticamente hablando, fue muy profunda. La orientación filosófico-idealista de sus interpretaciones históricas contrastaba con las explicaciones de contenido materialista y sesgo histórico-marxista de la mayoría del profesorado de la Normal Superior. Por lo que toca a nuestra Facultad de Filosofía y Letras, quiero una vez más repetir, y no será la última vez que lo haga, que en el año de 1945 en que ingresé como alumno a ella, se hallaba en pleno apogeo lo que he llamado el "milagro de Mascarones", ocasionado por la feliz e inaudita conjunción emulativa de la inteligencia mexicana y de la transterrada, que hicieron que el nivel educativo superior de las humanidades en los renglones de la docencia e investigación se elevara a una altura hasta entonces jamás alcanzada y que incluso, así lo considero, todavía no ha sido superada. De aquellos años formativos conservo el recuerdo y los más maduros y mejores frutos intelectuales de aquella insigne pléyade de deslumbrantes maestros de maestros. Tuve el privilegio, por lo que toca a los mexicanos, de ser alumno de António Caso, de Julio Jiménez Rueda, de Pablo Martínez del Río, de Rafael García Granados, de Leopoldo Zea, de Arturo Arnáiz y Freg, de Justino Fernández, de Francisco de la Maza y, entre otros muchos más, de Edmundo O'Gorman, por entonces, como lo apellidó Larroyo, *l'enfant terrible* de la historiografía mexicana y que hoy, a sus ochenta años, continúa siendo *le grand vieillard polémique de l'histoire de l'Amérique*. Por lo que respecta a mi encuentro o reencuentro, a veces, con antiguos profesores españoles, básteme nombrar a José Gaos, a García Bacca, a Joaquín Xirau, a Rafael Sánchez de Ocaña y a Pedro Bosch Gimpera. Todos, españoles y mexicanos, me enriquecieron intelec-

tualmente y, sobre todo los primeros, me enseñaron a comprender el entrañable ser de lo mexicano hasta el punto en que esto puede ser históricamente aprehendido; los segundos me dieron una nueva orientación para entender la historia de España, al margen de la interpretación tradicional acartonada, cosificada y pues falsa. Y de todos ellos, de los maestros de aquende y de allende el océano, aprendí la necesidad de forjar un desinteresado eros pedagógico sin el cual el misterio del aprendizaje difícilmente se logra.

Hay una profunda estrofa en un bello poema de Antonio Machado que la canción moderna ha hecho suya, en donde se previene al caminante que no hay camino, que éste se hace al andar; empero meditando en las palabras del desolado poeta andaluz que, como Lope de Vega, a sus soledades iba y de sus soledades venía, creo que en el rodar de la vida casi siempre se peregrina en compañía amorosa de algo o de alguien. Yo lo he hecho con la familia, con los amigos, con los alumnos y, sobre todo, con dos compañeras. De 1941 a 1977 con mi primera esposa Alicia, con quien compartí hasta el día de su muerte almíbares y acíbares, risas y llantos, sueños y realidades, y aunque el uso ha convertido en tópico una característica expresión mexicana, la emplearé ahora, para afirmar que aquella Alicia mía fue una fiel y abnegada esposa que me ayudó y estimuló como sólo una amorosa mujer puede hacerlo. Mi segunda esposa, María Teresa, es más responsable de lo que ella misma imagina y estima del nombramiento que es el culmen de mi carrera académica y que hoy recibiré ceremonialmente del muy honorable rector de nuestra casa de estudios, doctor Jorge Carpizo; gracias a ella recorro este último tramo de mi existencia con alegría y desembarazo, porque sé que no voy solo sino en marital y enamorada compañía por el camino que al parejo vamos los dos haciendo.

He sido distinguido en unión de otros seis colegas aquí presentes, doctor Ignacio Burgoa Orihuela, doctor Fernando Latapí Contreras, ingeniero Esteban Salinas, licenciado José Luis Ceseña López y doctor Héctor Fix Zamudio con el máximo honor que otorga nuestra *Alma Mater*, la madre nutricia de la inteligencia mexicana, el de pasar a formar parte del selecto grupo de profesores e investigadores que constituyen el emeritazgo. Estos universitarios, de reconocidos méritos académicos, han mostrado en su cotidiana labor profesional una entrega total y desinteresada, en la que no han escatimado esfuerzo alguno por servir a nuestra universidad, que viene a ser lo mismo que servir a nuestra patria.

Ser profesor o investigador emérito constituye el supremo galardón y la más alta prerrogativa académica que otorga la Universidad Nacional Autónoma de México a los que laboramos en ella enseñando o investigando; diferenciación simplemente nominal puesto que ambas tareas son complementarias, dado que el maestro investiga para ponerse al día en lo que enseña; y el investigador enseña a investigar a los que a él se acercan bus-

cando respuesta a sus inquietudes o poniendo al servicio de la ciencia el producto de su trabajo.

De cierta manera tengo para mí que el emérito adquiere con tan honrosa distinción no exactamente una especie de jubilación pasiva, sino antes bien activa en cuanto regocijo, dado que del latín *jubilare*, que significa precisamente lanzar gritos de júbilo, proviene toda la jubilosa y jubilante familia. Ser emérito, según lo entiendo, significa (y creo convencer a mis colegas emeritantes, a las autoridades aquí presentes, a los maestros homenajeados por sus fieles y extenuantes años de servicio y al público en general aquí presente) un estímulo más para que pese a los achaques y agobios de la edad se olviden o se disimulen éstos con la mirada puesta en el mejoramiento constante de nuestra universidad. Servir a México ha sido siempre el *leitmotiv* de nuestra institución, y la pontificia, fundada en 1551, orlaba su escudo con este emblema: *Novus mihi nascitur ordo* (Un nuevo orden nace para mí), que en cierta medida intenta indicar que la universidad establecida estaba también al servicio de la nueva nación surgida tras la conquista. Y en 1954 la universidad moderna, al conmemorar los cuatrocientos años de la fundación, acuñó una medalla en donde el escudo universitario actual se ve circundado con este lema: *Novix lux orbis quater saecularis anima patriae*, en donde se expresa que la universidad, cuatro veces secular o centenaria alma de la patria, es o representa la luz del Nuevo Mundo; con lo cual se alude una vez más a la misión espiritual que nuestra tetracentenaria casa de estudios ha llevado y continuará llevando a cabo, no sólo en México sino en toda Iberoamérica, pese a los violentos e irracionales embates que en nombre de un progresismo mal entendido y peor digerido sacuden y obstaculizan periódicamente la marcha tenaz, luminosa y promisoría de nuestra autónoma y mexicana universidad, en donde como reza el lema simbólico vasconceliano, *Por mi raza hablará el espíritu*.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Juan A. Ortega y Medina', with a stylized flourish at the end.

JUAN A. ORTEGA Y MEDINA

México, D. F., 15 de mayo de 1987

Semblanza de Juan A. Ortega y Medina (1913-1992)

Alicia Mayer

Con un sugerente título, "Espíritu y vida en claro",¹ evoca Juan A. Ortega y Medina su largo caminar por la vida, pero cosa harto significativa, él empieza el recuento vital a partir de su llegada a México en 1941, dejando tras de sí difíciles y aciagos años de guerra civil (1936-1939) en los que se vio envuelta su querida y siempre recordada patria, España. Y es que, para los exiliados, nuestro país se tornó en una nueva y quizás única posibilidad de existencia, en un escenario donde se volvería a empezar, allí donde debería ocurrir un nuevo nacimiento espiritual.

Poco imaginaba aquel joven artillero del ejército republicano español que tras el destierro se abriría, ya en suelo mexicano, una novedosa y prometedoras esperanza de vida fincada en el quehacer intelectual, en satisfacciones docentes, en honores académicos y cariños familiares y fraternales. Un mérito singular tuvo que llevar a cabo este hombre para superar las miserias de la niñez y los años adolescentes y completar una brillante carrera como historiador. Juan A. Ortega y Medina nació un 10 de agosto de 1913 en Málaga, donde también cursó sus primeros estudios, pero fue en México donde se formó profesionalmente y emergió como uno de los profesores universitarios más respetados y admirados por la comunidad de nuestra máxima casa de estudios.

Fue precisamente en la Universidad Nacional Autónoma de México donde se vieron converger distintos caminos y de lejana procedencia, el de los refugiados españoles y el de los alumnos mexicanos. Se ha dicho con justa razón que el ideal de todo pupilo que ingresa a la facultad para iniciar sus estudios es llegar a formarse en la escuela de algún notable profesor. A la vez, es el mentor el que forma vocaciones por convicción, con desinteresada generosidad y amor profesional. Así, tal como lo expresó innumerables veces el maestro Ortega y Medina, la fórmula bukhardiana

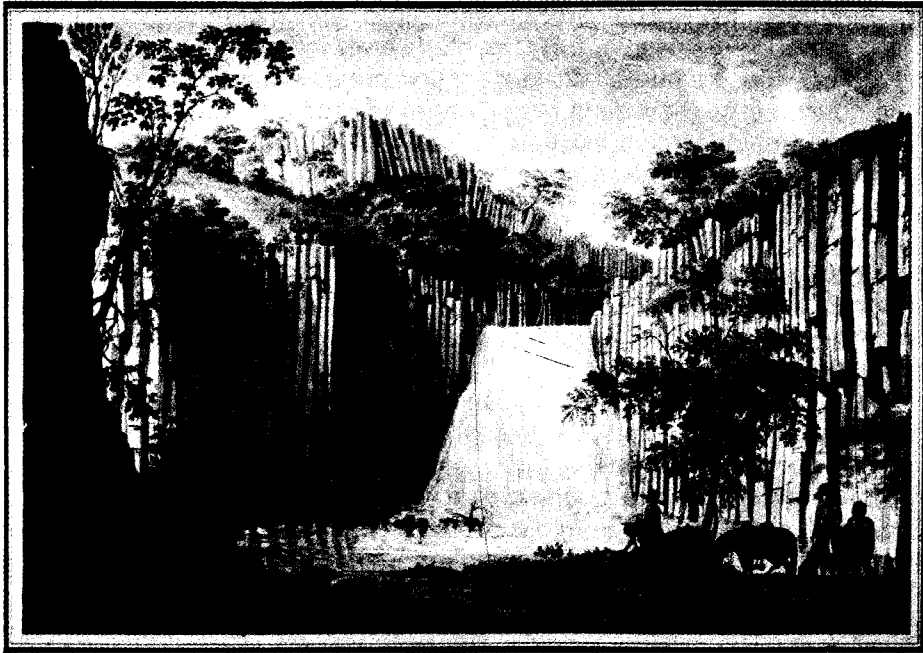
¹ Esta breve semblanza fue pensada como presentación a una pequeña autobiografía que escribió Juan A. Ortega y Medina titulada "Espíritu y vida en claro", que leyó el 15 de mayo de 1987 al serle otorgado el emeritazgo y con motivo del día del maestro. Ahora se incluye en este número de *Históricas* como un homenaje.

del "eros pedagógico", el *leitmotiv* de toda actividad docente, cristalizaba, y con ello, asimismo, se cumplía la reciprocidad en el proceso de la enseñanza y el aprendizaje.

Conocí a Juan A. Ortega y Medina hace ocho años. Era un primer día de cursos y jóvenes estudiantes llenaban una de las grandes aulas de la Facultad de Filosofía y Letras. Puntualmente apareció el maestro. Era un hombre de gran prestancia y edad avanzada, alto, muy erguido, bien vestido. Su rostro era impasible y serio. Era una figura imponente y respetable. Llevaba entre los dedos un cigarrillo que al terminarse solía ser sustituido inmediatamente por otro, mientras que en el brazo izquierdo cargaba un portafolio. Al caminar, derecho y con la cabeza en alto, dejaba a su paso un agradable aroma a loción. Aquel profesor se sentó y, guardando su distancia, sin demora nos introdujo a la historiografía. Lo vimos entrar por aquella puerta, siempre puntual, durante todo el año, por muchos años. ¡Cuántas generaciones atrás habrán tenido la misma experiencia!

Juan A. Ortega y Medina fue maestro ante todo. Impartió cursos formativos y permaneció dando clase en la licenciatura hasta 1989, cuando por motivos de salud tuvo que elegir quedarse con un reducido grupo de alumnos de posgrado. Recibió estudiantes de este nivel hasta el día de su muerte, el 4 de julio de 1992. Más de treinta años los dedicó con tenacidad y entrega a impartir Historia de España, Didáctica de la Historia, Reforma y Contrarreforma, Absolutismo Europeo, Historiografía General e Historiografía Mexicana en el siglo XIX. Su afán fue siempre alentar a los jóvenes aprendices a no dar la espalda a temas históricos que no fuesen estrictamente nacionales, sino profundizar en la historia universal, a conocer fenómenos generales y movimientos que propician los cambios. El maestro dirigió más de cincuenta tesis. En 1991 le fue otorgado el Premio Universidad Nacional en el área de docencia y un año más tarde el Premio Nacional por sus méritos académicos.

A la vez, Ortega y Medina fue un incansable investigador. Demandaba mucho de sí mismo y se entregaba por completo a responder a inquietudes personales. Cuando el requerimiento no era satisfecho, a menudo trasnochaba, y para racionalizar esta autoexigencia, frecuentaba a la familia o a los amigos. Gustaba de la compañía, la reunión con amistades y disfrutaba de la vida y del buen comer. Escuchaba música popular malagueña, especialmente los villancicos en la víspera de Nochebuena y solía oírlos a todo volumen. Era frecuente que, al visitarlo, no respondiera, al no escucharse el timbre. Es difícil retratar a un hombre sólo a partir de sus logros académicos. Quienes lo conocieron recuerdan ahora a un ser cabal, sabio, equilibrado y modesto en su trato. En los primeros contactos daba la impresión de ser difícil acercarse a Juan A. Ortega y Medina; parecía esquivo y reservado. Pero él tenía la amistad en alta estima y era, sobre todo, leal a los amigos. En su círculo incluía lo mismo a colegas renombrados



que a discípulos atraídos por la autoridad paternalista del viejo y comprensivo profesor. Fue un espíritu sensible que superó el dolor del pasado y combinó en su carácter una dignidad sobria y un cierto resabio de melancolía. Un buen amigo suyo lo definió como "el andaluz triste, el andaluz mexicano".

Éste fue el hombre que hizo un legado importante a la historiografía mexicana. Títulos como *México en la conciencia anglosajona* (1953), *Humboldt desde México* (1960), *Historiografía soviética americanista* (1961), *Ensayos, tareas y estudios históricos* (1962), *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* (1970), *Destino manifiesto* (1972), *Estudios de tema mexicano* (1973), *La evangelización puritana en Norteamérica* (1976), *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (1980), *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico* (1981), *Zaguán abierto al México republicano* (1987), *Imagología del bueno y del mal salvaje* (1987), *La idea colombina del descubrimiento desde México* (1988), *Imagen y carácter de J. J. Winckelmann* (1992), reflejan el tiempo dedicado, casi ininterrumpidamente, a la investigación. Además aumentaría la lista la serie de artículos, ensayos y recensiones que legó el insigne maestro a la disciplina histórica.

Cuando el estudioso se acerca a la obra de Ortega y Medina no cae en una angustiada dispersión. Los temas tienen una extraordinaria concordancia, una profunda relación entre sí. Existe, pues, una armonía temáti-

ca, aunque a simple vista parezca ser distinto. El hilo conductor está dado por la metodología misma, fundamentada en la historia de las ideas como eje rector, y por los puntos de interés que siempre mostró este historiador, quien buscó el sentido de la historia al mismo tiempo que inquirió por el significado de su propia existencia. Para él, "sobre toda infraestructura presionan y ejercen sus fuerzas no sólo los elementos materiales, sino también los imponderables idealistas o superestructurales. . ."²

El pensamiento mismo de Juan A. Ortega y Medina es una síntesis dada por la coyuntura cultural que vivió nuestro país a raíz de la llegada de los hispanos transterrados. Es decir, en él convergen dos formas o tradiciones para entender y explicar la historia, la de aquende y la de allende el Atlántico. Los temas que manejó constituyen la verdadera fuente para conocer el esquema dialéctico hispano-mexicano al que nos hemos referido. La integración se manifiesta en sus trabajos, en los cuales también se exterioriza un afán por hacer que los lectores o estudiosos de la disciplina histórica comprendan la íntima relación entre la historia de España y la de México. Él advirtió alguna vez que "si verdaderamente intentamos aprehender el dramático proceso de nuestra historia moderna y contemporánea, ya en el caso particular de México o en el general de Hispanoamérica, tendremos que recurrir a las claves de la historia moderna española"³

El estudio de la historiografía mexicana permitió a Ortega y Medina conocer los elementos constitutivos de esta nación, su gente y su experiencia pasada, más bien le reveló una amplitud de cosas que tal vez no sospechó. Descubrió lo que los mexicanos pensaban de España y de los lazos históricos que mantenían ambos pueblos desde la época colonial. La primera clave interpretativa saltó a la luz cuando descubrió que la esencia de lo mexicano descansaba en el mestizaje, pero la tendencia casi generalizada en este país había sido considerar los tres siglos de colonia como algo negativo. Gran parte de los escritos de Juan A. Ortega y Medina se centran en insistir que resulta dañino y peligroso negar una parte de lo que nos constituye históricamente, a saber, la mitad de sangre y cultura españolas que los mexicanos llevan a cuestas en su fenotipo espiritual. En suma, nuestro autor se sintió obligado a desterrar la postura equivocada que insiste en ver el legado colonial español como una herencia nefanda y ruinosa para México.

Esta aproximación, que empezó como una inclinación personal, vital, existencial, se transmitió gradualmente a los discípulos del maestro, que, como mexicanos la mayor parte de ellos, han trabajado la historia con una perspectiva más amplia, más universal y han asimilado que, para entender lo mexicano, debe uno acudir al pasado, no sólo precolombino, sino no-

² Juan A. Ortega y Medina, "Prólogo", *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, México, UNAM, 1981, p. 11-12.

³ *Ibid.*, p. 9.

vohispano, en busca de las raíces propias "nacionales" que están presentes a lo largo de su desarrollo. Antes de partir para siempre, el 4 de julio, Ortega y Medina dejó anunciado un amplio proyecto que él había ideado años atrás, pero que, por extenso, sabía que no podía llegar a realizarlo solo. Se trataba de llevar a cabo una historia de la historiografía mexicana. Afortunadamente, esa labor ha sido aquilatada y los investigadores del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y de otras dependencias han acogido con entusiasmo la tarea de concluir ese sueño con el que el historiador malagueño quiso tributar a México, a manera de agradecimiento, por haberlo acogido como hijo adoptivo.

Juan A. Ortega y Medina no sólo profundizó en temas de historia e historiadores mexicanos. También analizó y tradujo con gran maestría y exactitud textos extranjeros de autores como Humboldt, Ranke, Winckelmann y Prescott, que de esta manera llegaron a las capas universitarias. En la historiografía encontró Ortega y Medina "un extenso e inmenso campo creativo". Su objetivo fue buscar el punto de partida y las raíces teóricas, religiosas, filosóficas y metodológicas de la idea y el método de la historia de distintos escritores, que además logró tratar con profundidad dado su gran manejo de distintos idiomas.

Otra fuente de preocupación orteguiana se orientó a descifrar los valores de la cultura hispana frente a su oponente, el modo de ser anglosajón. Él descubrió que en esas dos esencias descansaba mucha de la explicación del distinto desenvolvimiento histórico que el Occidente ha experimentado desde el siglo xv, e incluso antes. Quizá el rasgo más disparado entre ambos mundos esté condicionado por la ética de cada pueblo, a su vez determinada por el tipo de religiosidad de ambos grupos, es decir, el católico y el protestante. El esfuerzo comprensivo tiene como antecedente la sugerencia que hace Edmundo O'Gorman en múltiples ocasiones en sus obras, sobre la diferencia entre las dos Américas. Pero en ello, sin duda, también operó la observación misma que llevó a cabo el propio Ortega y Medina de los prejuicios y hondas divergencias que operan aún hoy entre ambas culturas. De aquí partió seguramente la inquietud orteguiana para comprender los orígenes de los problemas que se remontan siglos atrás.

No podemos terminar esta breve semblanza sin mencionar otro elemento que agotó Ortega y Medina: el tema del indio. La imagen de estos seres resulta alejada y extraña al europeo, desde los primeros contactos a raíz de la expedición colombina. Quizá también operó este mismo fenómeno de asombro en este historiador andaluz en 1941, ante la nueva y sorprendente realidad mexicana, pero él percibió la presencia cultural, biológica y espiritual del indio en América y se concentró en buscar las razones por las cuales las raíces autóctonas habían perdurado en México y, en cambio, habían desaparecido en otras zonas del continente. Basta revisar sus

conclusiones en *La evangelización puritana en Norteamérica* y en *Imagología del bueno y del mal salvaje*. No es casualidad que los habitantes originales de este hemisferio hayan captado tan hondamente la atención de más de un historiador proveniente del exilio.

Por último, podemos hacernos una interrogante: ¿cómo conocer a Ortega y Medina, cómo profundizar en su íntima conciencia, cómo descubrir al hombre, al historiador? Sin duda, cada uno de los que enriquezcan este volumen de *Históricas* tendrá cosas que decir sobre su experiencia como alumno, colega o amigo con el maestro, y además, con fundamento. Para mí, Ortega y Medina tardó toda su vida en buscar cómo resolver su hispanidad, que conformó la construcción espiritual de su persona en los años juveniles formativos, mas al mismo tiempo él trató de comprender los elementos distintivos que le fueron legados por su patria de adopción. Éstos son los dos extremos temáticos de su obra: España y México, que por el hecho de ser extremos se tocan y se complementan como herederos de la vieja tradición cristiano-católica. Así se explica el profundo interés de este historiador por estudiar los valores, la cultura, la religiosidad, la ética y la visión del mundo hispánicos, mientras que por medio de la historiografía y del análisis de autores mexicanos como Bustamante, Alamán, Zavala, Larrainzar y otros se le reveló, asimismo, la singularidad y esencia de lo nuestro, lo mexicano. Sin duda, por su modo de interpretar la historia, siempre dialéctico, podemos llamarle el gran conciliador de la historiografía nacional.

El nacionalismo como objeto de conciencia en la obra de Ortega y Medina

*Eugenia Meyer**

Algún refugiado español advertía con emoción:

. . . ese México que se nos va entrando en la poesía, en el arte, en los cuadros, en las pinturas, en la música, en lo que sea. . . se va entrando por dentro de todos nosotros; y en los que no escriben, ni pintan, ni cantan, ni eso, se les va entrando por el corazón: es decir, va incorporándose a la vida personal de cada uno. Sin embargo, hay una raíz que no se pierde y que yo creo que se pierde menos cuando no se mantiene en el aire, sino cuando se tiene dentro. . . Por otro lado, lo que no he dejado nunca de ser. . . es mexicano.

Quizá como pocos, en Ortega y Medina se conjuga a plenitud este sentimiento. Porque no cabe duda que para el joven maestro malagueño, que por los avatares de la guerra llega con sus 27 años al encuentro de México, la experiencia debió ser definidora. Tanto como lo fueron todas las vivencias previas de su natal España; la infancia y adolescencia transcurridas en Málaga y luego, en Madrid, la agitada juventud en una convulsionada república.

Estos dos procesos determinantes: desgarre con su España de origen y presencia y conocimiento de lo mexicano son hitos que conducen su quehacer histórico.

Un quehacer que conjuga, combina, enhebra e imbrica la labor docente con la tarea de la investigación. Un quehacer que, a todas luces, muestra una preocupación y dedicación constante por el aprendizaje, definición y conocimiento de la conciencia histórica.

Conciencia del transterrado, que no romperá jamás con sus raíces peninsulares, pero conciencia también de mexicano cabal que durante 43 años ha buscado y rastreado en los caminos del testimonio, la hemerografía, la bibliografía, en fin, de la historiografía de y sobre nuestro país como razones y fundamentos de un pensamiento cognocitivo.

* Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Por muchos, muchísimos años, Ortega y Medina, con paciencia y determinación, pero sobre todo con esa increíble generosidad del verdadero maestro que le es propia, nos hizo a muchos de sus alumnos, en clases y seminarios, ejercitar nuestra incipiente capacidad hermenéutica sobre las interrogantes del qué, el porqué y el cómo del historiador.

Siento, y ofrezco excusas de antemano, por hacer de estas líneas un casi diálogo particular con Ortega, siento, decía, que nos corresponde precisamente a nosotros, a sus alumnos, a quienes nos preciamos de seguir siéndolo con orgullo y respeto, inquirir, interrogar al Ortega autor sobre el qué, el porqué y el cómo de su accionar y de su comportamiento como historiador.

Quizá por los muchos años que he pasado cerca de él, quizá porque sigo creyendo que aún tengo, tenemos mucho que aprender de él, me parece que una de las tareas del quehacer de nosotros sus discípulos consiste precisamente en analizar su producción historiográfica y determinar sus motivaciones; esto es, el motor, *deus et machina* de su abundantísimo legado de escritor.

De las múltiples motivaciones que conllevan a ese posible análisis, hay una que me parece trascendente: la de la búsqueda de su identidad, o sea la definición de su pertenencia. Y, en ésta, la reafirmación de identidad y pertenencia, cabría agregar que Ortega y Medina ha demostrado una característica que, por otra parte, le es esencial; la de la congruencia. Ortega ha sido, y sigue siendo, un pensador consistente y congruente ideológicamente.

Cuando en 1953 publica su primer trabajo formal, *México en la conciencia anglosajona*, inicia una larga travesía por la historiografía de y sobre México, buscando rasgos propios, acotando los extraños. Resalta nuestra imagen ante los ojos ajenos, delineando o subrayando características del comportamiento de los extranjeros frente a ese todo, ese cosmos que es en definitiva México. Y así también, va Ortega tenaz y amorosamente construyéndose su propia conciencia nacionalista.

Y me pregunto, qué pesa más en él, las raíces ibéricas o las intensas vivencias mexicanas. La respuesta aflora con rapidez, y sin embargo, siempre preñada de un tono dubitativo. El historiador es sin duda mexicano: aquí se formó realmente; aquí alimentó su espíritu; aquí se comprometió con la historia. Pero también, y lo prueba clarísimamente su preocupación constante por el imperio español y sus confrontaciones con la Inglaterra vencedora que derrota a una armada invencible, fue allá, en su España natal, siempre presente al fin, donde se cimentaron sus raíces.

El Ortega que se preocupa por la toma de conciencia, por aprehender la conciencia extraña; el que con habilidad conduce a sus lectores, a veces ignorantes, otras insensibles, por los rastros que han dejado las obras de viajeros, diplomáticos y críticos de la realidad novohispana, o bien de la

realidad de un naciente México decimonónico, que, como tan bien dice, desde "1821 lograba su independencia; es decir su espaldarazo nacional, el ansiado y peligroso compromiso de *ser* (y de mantenerlo) y de sostenerse como nueva nación frente al concierto políticocolegitimista, hosco y monarquizante de la Europa continental y sacroaliancera". Es ese sentimiento de nacionalidad, tan peculiar del pensamiento mexicano, el que busca en la obra de Ortega una explicación coherente.

Las agresiones, afrentas y ofensas, invasiones, mutilaciones o expediciones cercenadoras del orgullo nacional, que fueron tan características de las vivencias de la nueva nación, significaban para Ortega una constante llamada de atención.

El mexicano que hay en él deja la vestimenta de la pasión para cubrirse con la reflexión científica del historiador que define la esencia de ese ser nacional.

Así, Ortega rescata, quizá del olvido, algo del pensamiento martiano, al buscar, rascar, escudriñar, precisamente en las entrañas de la colonización norteamericana, en ese concepto *sui generis* puritano de su "evangelización en la Nueva Inglaterra, razones y motivos, explicaciones y justificaciones a las empresas misioneras, siempre mercantiles, de los anglosajones en el Nuevo Mundo".

Busca y nos introduce en el complejo universo del llamado Destino Manifiesto, del monroísmo arqueológico, de todo aquello que con ironía y científicidad califica de "intento de americanidad insuficiente".

Ortega el hispano, Ortega el mexicano encuentra su razón y su compromiso de historiador precisamente allí, en la búsqueda de las entreveradas raíces, que paradójicamente son las suyas propias. Lo español, lo americano, la confrontación anglohispana. Las diferencias y las identidades, temas todos que apoyan su trabajo y quehacer cotidiano como maestro y como historiador.

Decía ya en 1953:

interesada hoy tan seriamente como lo está nuestra cultura en descubrir y **valorar** la esencia de lo mexicano, no podía faltar en esta corriente actual de **pensamiento** la historia de la opinión anglosajona viajera sobre México, una **opinión** cuya importancia radica entre otras cosas, en que ella transcurre ininterrumpida a lo largo de cuatro siglos, y sin que a la fecha presente síntomas de **senectud** y **apatía**. . . Durante tres siglos. . . las opiniones inglesas estuvieron condicionadas y lastradas por lo que ha venido llamándose el diálogo o conflicto histórico inglés-español o pugna tenaz entre el misoneísmo hispanocatólico y la modernidad angloprotestante. . .

Y concluía advirtiendo que no estaba de más decir que

el extrañamiento viene precisamente a poner de manifiesto consciente o inconscientemente su extrañeza, la que él experimenta ante el nuevo cosmorama que se



presenta ante su vista; viene también a poner de manifiesto virtudes y vicios, perfecciones y defectos; viene, por consiguiente, a descubrirnos perfiles íntimos y honduras psicológicas e históricas entrañables en las que no se había reparado por lo mismo que constituyen el modo habitual y familiar de ser y de comportamiento individual y nacional: el tono nacional, el aire familiar colectivo.

Para Ortega, que va conjugando muy en su fuero interno un particular concepto de nacionalidad, la visión del mundo colonial hispanoamericano iba a ser "a través de la interpretación viajera inglesa, una visión de degeneración y corrupciones sin cuento. No sólo el medio geográfico, sino el hombre que en él actúa van a ser declarados decadentes, impuros, desmedrados".

Por ello, cuando ha rebasado los límites de un posible pensamiento doctrinal, o los atajos de un pasado secular y católico, Ortega se preocupa más intensamente de la identidad nacional y de sus embates contra los prejuicios de los que está investida la conciencia anglosajona, que, a partir del siglo XIX, "se bifurca nacionalmente, correspondiendo, desde 1847 a la del sector norteamericano adoptar un aire protector paternalista hacia México (el hermano menor septentrional y americano)". Y empieza el autor a bregar por ese mundo de la construcción de la gran república vecina. Urga y estudia, analiza y concluye y entonces, sólo entonces, Ortega encuentra explicaciones, que no justificaciones, a la acción colonizadora, expansionista e imperialista de nuestro inevitable morador del norte. Conocerlo quizá equivaldría a derrotarlo, a vencerlo en ese duelo magnífico que es siempre el discernimiento intelectual.

Ortega vuelve siempre a la defensa del conocimiento como factor de toma de conciencia. De identidad, como respuesta al compromiso ideológico.

Tiempo después, en su aguda respuesta al historiador soviético Mashbits que con su "¿Crítica argumentada o ataques sin fundamento?" pre-

tendió rebatir sus observaciones a la historiografía soviética iberoamericana, Ortega retomaría el concepto de la tradición hispana, y advertía que esa tradición era un vínculo imprescindible en los pueblos iberoamericanos para permitirles reconocerse, reencontrarse y luchar y defenderse, unidos, de las poderosas presiones y arremetidas imperialistas del coloso norteamericano.

Defiende el elemento constitutivo de lo hispánico frente a la nueva moda del concepto latinoamericano, porque dice que, de antemano, rechaza intencionalmente toda nueva dependencia neoliberal y neocolonialista.

Advertía entonces que ayer como hoy salta a la vista que cuando faltan datos, comprensión de las circunstancias históricas y simpatía, y sobran, por contra, falaces informaciones, antipatías tradicionales y subjetividad, los resultados del análisis histórico no pueden ser sino falsos, tendenciosos e injustos.

No está en mi ánimo insistir o reparar en todos los temas que entrelazan los propósitos del historiador Ortega con su reafirmación y necesidad siempre inmanente e inminente del Ortega y Medina hombre de su tiempo. Sin embargo, me parece pertinente resaltar la insistencia del escritor que mantiene el vínculo con su hispanidad, el autor que insiste en irse a las raíces, las suyas, a fin de cuentas las nuestras. Así también su asombrosa tranquilidad (me atrevería a calificarla como digna de todo un Leo), al defenderse de los embates, los debates y las polémicas de otros, frente a sus quehaceres y querer históricos.

Cuando Ortega repara en la historiografía soviética iberoamericanista, la descubre en buena medida a un público que ignoraba ese empeño y sus implicaciones ideológicas.

Las observaciones críticas del autor parecen no tener precedente, así también sus objeciones al método de los historiadores soviéticos.

De nueva cuenta, como en el caso de su atención al trabajo anglófono, esgrime como bandera su interés por nuestros valores como objetos de conciencia

Denuncia, sin duda con un claro conocimiento de causa, el hecho de que nuestro devenir histórico sirva de pretexto a los ires y venires del debate académico e ideológico entre soviéticos y estadounidenses. Se opone al México pretexto dialéctico de una dialéctica que, por cierto, y en última instancia, nos es ajena. Sostiene que ambas historiografías, la soviética y la estadounidense,

aun siendo tan diferentes en sus principios, métodos, tácticas y finalidades, resultan, sin embargo coincidentes. La tendencia neoliberal capitalista y la corriente marxista-leninista, cada una por su lado, suman aun sin quererlo, sus esfuerzos para hacer patente nuestro descrédito histórico. Los manifiestos o latentes ataques críticos contra la tradición y los fundamentos hispánicos de

nuestra historia político social y económica (lo cultural, por causa de innegable riqueza conformadora, está aún en su mayor parte libre de sus acometidas, aunque hay ya suficientes barruntos de agresividad), representan una grave amenaza contra nuestro ser histórico, dado que las pretendidas *verdades* crítico-científicas alcanzadas tienden a desvincularnos no sólo de nosotros mismos sino de los otros iberoamericanos y de todos entre sí.

Y si condena la intención imperialista norteamericana, no excluye en consecuencia lo que define como el imperialismo cultural soviético. Critica el empleo dogmático y mecanicista del método generalmente empleado por los autores soviéticos. Critica en ellos las referencias a lo que llaman el "campo común" y Ortega define como conciencia histórica mestiza, que "como valor patriótico aúna a todos los mexicanos". Conciencia histórica que permanece como hilo conductor de la historiografía de Ortega y Medina.

Por ello quizá, en sus *Polémicas y ensayos en torno a la historia*, nos lleva de la mano y nos obliga a reflexionar sobre el orgullo propio. Lo que hemos sido, lo que hemos hecho. Cómo nos hemos visto, nosotros, los mexicanos, en el pasado. Hay un cierto recrear imágenes en esta tarea rescatadora y compiladora de la historiografía mexicana del siglo XIX.

Una reflexión final: siempre me he preguntado el porqué en la obra orteguiana el tema del México contemporáneo parece situarse en un segundo lugar. Si bien es cierto que se ha ocupado de la historiografía porfirista, del positivismo decadente de los primeros años anteriores a la convulsión social que fue la Revolución de 1910, y que también toma la defensa de nuestra revolución como una esperanza redentora para los pueblos iberoamericanos, a Ortega y Medina ese pasado próximo, motivo de ideología e ideologización, parece no ocuparle. El porqué se antoja como motivo de una larga disertación que no cabe aquí siquiera plantear. Sin embargo habría que insistir que esa preocupación nacionalista, ese plantearse y replantearse la conciencia histórica y nuestra mexicanidad, que han sido preocupación y desvelo del maestro, son sin duda impulso de muchos de los trabajos que él ha guiado y encauzado. Podría ser quizá que tomó la decisión, generosa al fin, de dejarnos una pequeña parcela de estudio, y así, con tropiezos y limitaciones, son sus alumnos los que se ocupan de la conciencia extranjera, de la presencia historiográfica ajena en el proceso revolucionario, del nacionalismo y la educación postrevolucionaria y del México de hoy.

Raíces e hispanidad del transterrado definen y determinan su madurez intelectual. Toma de conciencia de la presencia extranjera frente a valores nacionales conforman portada y contraportada de ese espléndido libro que recopila sin duda su trabajo todo y su quehacer de historiador. Congruencia y consistencia repito, que han sido factores concluyentes de su laboriosidad histórica.

Alguna vez otro transterrado insistía en que

todo comienza en el exilio. Procuero adquirir un concepto más aquilatado del hombre. . . de España. Armonizar la solidaridad y la soledad; tener un sentido social y al mismo tiempo la independencia de criterio. Cobro un repudio histórico y ético hacia la violencia. . . Nuestra fuerza es que nosotros somos de los dos mundos, no se nos puede adscribir a uno solo ya. . . esa sensación de nostalgia, de estar siempre incompletos. . . ese ir encontrando una vida común y unos intereses comunes y unas empresas de trabajos comunes. . .

Querido maestro Ortega:

Si me lo permite, deseo parafrasearlo, cuando en 1953, en su primer libro, aquel de la conciencia en que nos hizo conscientes, en el epígrafe inicial, parafraseaba usted a su vez a John Dos Passos, que al referirse al hombre hispánico aseveraba: "existe la fría desesperación de una raza vieja, de una raza que ha vivido largo tiempo bajo una fórmula de la vida a la cual ha sacrificado mucho, sólo para descubrir al final que la fórmula no sirve"

Creo que ahora, luego de tantos años compartidos, puedo atreverme a decir que John Dos Passos estaba equivocado, porque sin duda se equivocó, y el error se prueba irónicamente en usted mismo, ya que la vieja fórmula de la vida del español, aderezada en su caso con una férrea voluntad de ser y sentirse mexicano, esa vieja fórmula *sí* funciona.

Presentación del doctor Juan Antonio Ortega y Medina *

Álvaro Matute **

Una tarde de principios de febrero de 1965, en el salón 201 de la Facultad de Filosofía y Letras fue la primera vez que escuché al doctor Juan A. Ortega y Medina: Era la clase de Historiografía General. Más adelante llevé con él Imperio Español en América y el seminario de Historiografía Mexicana del siglo XIX. En él se combinaban el gusto por leer historiadores del siglo XIX, con la disciplina para analizar sus textos. Esto último era y ha sido fundamental en el largo magisterio del doctor Ortega.

Si enumero las clases que seguí con Ortega no es porque quiera hacer público mi propio currículum estudiantil, sino porque si se inscribe uno muchas veces con un maestro es que desde la primera sabe que ese maestro sí le está enseñando. Su clase de Historiografía General era sabia y rigurosa. Para comenzar, nos interrogaba por escrito acerca de por qué estábamos ahí, qué esperábamos de la historia y hacia qué rumbo de ella queríamos transitar. Más adelante nos hacía leer a los *padres de la historia*. De ese lejano tiempo datan nuestras primeras y sorprendidas incursiones en Herodoto y en Tucídides, a quien no sabemos si realmente entendíamos o no. Más tarde nos llevaba hojas mimeografiadas con fragmentos de Quintiliano y Alfonso el Sabio. En el segundo semestre, una excelente traducción suya de Schiller hacía volar nuestra imaginación, para al fin especular con Windelband lo que los neokantianos pensaban de la historia.

Siempre tuve la inquietud de saber si mis maestros eran historiadores o solamente profesores de historia. Buscaba en los ficheros de las bibliotecas qué habían escrito, y desde entonces me encontré con los distintos títulos que Ortega y Medina había publicado hasta ese momento. Me llamaba la atención su línea de investigación fundamental, que se puede resumir con la fórmula de *México en la conciencia anglosajona*. Había un libro sobre el que me fui de lleno; era un pequeño volumen que recogía

* Texto leído en el Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, con motivo de la entrega de premios del Comité Mexicano de Ciencias Históricas.

** Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

distintos trabajos breves, y que lleva por título *Ensayos, tareas y estudios históricos* (1962). En la advertencia preliminar me encontré con un párrafo en el que expresaba con precisión los elementos que debe contener una reseña crítica, después de una breve reflexión sobre una parte sustancial del quehacer del historiador, y que a continuación reproduzco:

... estas tareas históricas *menores* que todo historiador o todo profesor de historia está obligado a realizar como parte importante de su profesión: ensayos, notas, crónicas, resúmenes de lecturas, etc., constituyen las actividades cotidianas de los profesionales de la Historia. Aunque hemos llamado menores a estas tareas, no son fáciles de ejecutar, y para bien llevarlas a cabo hay que realizar un serio esfuerzo intelectual, y esto lo saben a la perfección todos aquellos que conscientemente las practican. *En una pequeña nota crítica, pongamos por caso, el recensor está obligado a dar cuenta en poco más de seis cuartillas de los siguientes ítemes: resumen brevísimo y fiel del contenido de una obra, subrayando al mismo tiempo los temas esenciales; noticia concisa sobre el autor, en la que se señale a la vez su categoría y la de la obra dentro de la jerarquía temática que le corresponda; alusión al método histórico empleado y al buen o mal empleo del aparato crítico y de las fuentes, sin olvidarse de remitir al lector a las faltantes, cuando sean esenciales; y por último, apuntar las discrepancias o acuerdos críticos, insinuando de paso y hábilmente el valor atractivo o repelente que pueda poseer la obra con vista al presunto lector o especialista. ¡Y todo esto (y aún más), como hemos dicho, en cinco o seis cuartillas!*

Si pondero estas líneas y la huella que han dejado en mí desde hace tantos años es porque he sido reseñista de corazón y de disciplina. A ese párrafo y a la enseñanza que sobre la marcha me dio Ramón Xirau debe mucho de lo que ha sido mi ejercicio profesional en ese campo.

No sé si en estos casos la presentación del premiado debe incluir una semblanza exhaustiva de su vida y su obra. No creo que así deba ser. No creo necesario hablar de que el doctor Ortega nació en Málaga el 10 de agosto de 1914 y que llegó a México en 1940. Que en este país, donde ha transcurrido la mayor parte de su vida (51 contra 26 años), vino a completar su formación; primero en la Escuela Normal Superior, donde estudió con don Miguel Othón de Mendizábal, quien lo persuadió acerca de las bondades de la época prehispánica, para dirigirse luego hacia la Facultad de Filosofía y Letras, en la Ribera de San Cosme, donde el magisterio de O'Gorman lo orientó hacia el que ha sido su campo fundamental de especialización, que es la historia de la historiografía, dentro del cual ha encajinado muchas vocaciones. De las más de cien tesis que ha dirigido, muchas son de asunto historiográfico.

Pronto fue profesor de tiempo completo en su propia Facultad, hasta que Jorge Gurría Lacroix lo animó a incorporarse al Instituto de Investigaciones Históricas, donde ha ejercido una notable carrera, culminada, pri-

mero, con el nombramiento de investigador emérito y, después, con el otorgamiento del Premio Universidad Nacional. Antes, mucho antes, la Academia Mexicana de la Historia lo había recibido como miembro de número.

El doctor Ortega es autor de una amplia bibliografía que, esa sí, no voy a mencionar en este breve discurso. Son magistrales algunos de sus trabajos, como las célebres ediciones de Humboldt y Prescott, tanto por sus estudios introductorios como por sus apéndices que hacen a los textos mucho más manejables. Su excelente selección de trabajos reflexivos sobre la historia en su *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* ha sido leída por muchas generaciones de estudiantes que ahí se enfrentan a lo que mexicanos del siglo xix y del primer tercio del xx pensaron que era y debía ser su quehacer.

Don Juan es, además, cosmopolita. Ya mencioné aquella traducción de la *Filosofía de la historia* de Schiller. También está su traducción y selección de Ranke y de Guillermo de Humboldt, a quienes presenta dentro de un magistral trabajo de historiografía europea del xix. En fin, son muy conocidas sus reflexiones sobre cómo la conciencia anglosajona ha visto a México y a los mexicanos a lo largo del tiempo. Su bibliografía es rica y sustanciosa. Ahora que se pondera tanto la productividad, don Juan no necesitó de programas de estímulos para lograr una de enorme riqueza en cantidad y en calidad.

Pero, como él dice en su advertencia a su libro de 1962, también hay tareas *menores*. Ésa es la cotidiana, la que consiste en no dejar de leer y comentar textos. De ahí el párrafo mencionado y de ahí el que esta noche estemos aquí celebrándolo. Se reconoce ahora que la lectura, y lo que escribió como resultado de ella, acerca del excelente libro del maestro Luis González, *El oficio de historiar*, fue la mejor reseña publicada en 1989. Coincidió con el jurado en que se trata de un texto magistral. Debo decir, y lo digo como profesional del reseñismo, que es más difícil comentar libros buenos que libros malos; que es más fácil pegar que reconocer, por el temor de incurrir en el elogio fácil. Si, por el contrario, se pega y se desbarata, la fama de uno se acrecienta. En cambio, elogiar, pero elogiar con sustantivos es tarea difícil. No se trata de adjetivar sino de decir con razones por qué es bueno un libro; en este caso, por qué es bueno un libro tan bueno como el de Luis González.

Y aquí cabe especular acerca de cómo se enfrentaron dos espíritus y dos formas tan distintas de aproximarse a la historia, que no obstante tienen muchas cosas en común. La diferencia entre ambos es lexicológica. Y lo digo como viejo alumno de Ortega. Con don Juan no hay que dejar lejos el diccionario. En su clase escuché una palabra que me dejó estupefacto y que ahora Televisa ha trivializado: crestomatías. En cambio, don Luis y su afán comunicativo han hecho del lenguaje del historiador algo

laxo y de fácil digestión. En la reseña hoy reconocida está la reacción esperada en un espíritu de apertura que muestra que un maestro no sigue dogmáticamente sus modos de ser, sino que admite lo diferente. Eso es ser maestro.

La reseña en cuestión apareció en el boletín *Históricas*, del propio Instituto al que pertenece el doctor Ortega, con el cual ratifica su calidad, dado que no es la primera vez que un texto publicado en él obtiene un reconocimiento.

Don Juan: los que hemos aprendido de usted nos sentimos orgullosos de este reconocimiento a un aspecto valioso de su obra. Enhorabuena.

In memoriam

*Josefina Mac Gregor**

Fui alumna del doctor Ortega y Medina en la Facultad de Filosofía y Letras, y no quiero parecer oportunista: no fui su discípula —lo que en sentido estricto significa el vocablo en términos de guía y cercanía—; y tampoco lo fui a través de su obra escrita —que siempre leí con gusto y con el propósito de aprender— pues nunca cultivé los temas por él estudiados, aunque debo reconocer que mi interés por las cuestiones historiográficas y la manera de concebirlas indudablemente surgieron de sus enseñanzas.

Mi intervención en este homenaje al doctor Ortega obedece a que se me invitó a participar porque nunca he ocultado el gran afecto y admiración que siempre he profesado por él, y porque deseo unirme a este reconocimiento desde mi particular perspectiva: la de una alumna que lo siguió muy de cerca en sus cursos, cautivada por su perspectiva de análisis y el rigor de sus clases. Por ello, en estas líneas me referiré de manera puntual al valiosísimo trabajo docente de don Juan. Don Juan, pues sus alumnos así solíamos referirnos a él de manera afectuosa en su ausencia, si bien en su presencia retornábamos al formal doctor Ortega para dirigirle la palabra.

En este breve homenaje, pero no por ello menos sentido, deseo abordar específicamente dos puntos, a sabiendas que con ellos no se agota el tema: por un lado, a sus clases y, por otro, a aquellos de sus escritos que pretendían tender un puente entre los preceptos docentes y el ejercicio práctico profesional.

Don Juan fue mi maestro en cuatro cursos: dos de historiografía general y dos de Angloamérica colonial. Es ciertamente muy difícil de describir la impresión que causa a un joven que está iniciando sus estudios facultativos la sabiduría, dominio del aula y presencia de un historiador como el doctor Ortega y Medina, quien lo introducía a uno en una materia hasta ese momento desconocida inclusive de nombre: la historiografía. Baste decir que a través de los años, muchos años ya, la impresión perdura, que la huella es profunda y que el maestro mantiene sus dimensiones de modelo, modelo que se sabe imposible de asemejar siquiera.

* Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Cada clase de historiografía era una conferencia de la cual sus alumnos no queríamos perder palabra, por lo que me parecía que tomar apuntes era una pérdida de tiempo al no poder anotar todo lo expresado por el maestro: nombres, datos que por vez primera escuchábamos, análisis detallados que aún no sabíamos que lo eran, comparaciones, analogías que nos transportaban a través de los tiempos. Todo enmarcado en un uso impecable del idioma, el manejo sutil de la ironía y la presencia de un fino sentido del humor que nos permitía sonreír y gozar de una clase en medio del rigor con que los diferentes temas se manejaban.

Cómo olvidar que, para atender a ese grupo gigantesco de ciento veinte alumnos, don Juan contaba con el apoyo de tres ayudantes: Francisco Durán, Eva Taboada y Elías Trabulse; cómo no recordar aquella inmensa bibliografía de cuatro páginas tamaño oficio y el estupor que nos causó su respuesta cuando preguntamos cuáles libros íbamos a leer de ella y él nos contestó que todos; cómo no tener presentes aquellas primeras lecturas — mal hechas por cierto y peor analizadas — de Herodoto, Tucídides, Julio César, De Fiore, Maquiavelo y Vico, entre otros, y que él nos ayudó e impulsó a mejorar; cómo no traer ahora a colación aquel consejo suyo que rezaba que para ser buen historiador se requería "jarabe de codos", a saber: sentarse frente a un escritorio, apoyando en él justamente los codos, para leer y trabajar incansablemente; y cómo borrar de la memoria aquellos temas de examen en los que se compendia, de una u otra manera, todo el programa del curso, y en los que el doctor Ortega calificaba, aun cuando nos permitía consultar apuntes y libros, la creatividad — ¡novísima palabra para nosotros! — de sus alumnos.

Pero así como nos introducía a un estudio tan tradicional, eje y sostén de nuestra carrera, también nos enfrentaba con sus investigaciones más recientes. Don Juan era de los que sostenían que los cursos para los estudiantes de historia debían ser monográficos. Así, tuve la oportunidad, junto con otros compañeros, de conocer sus estudios sobre la evangelización puritana en los Estados Unidos, aun antes de que su libro saliera a la luz pública. De esta manera, sus alumnos teníamos las primicias — notable forma de enseñar — de su obra: sus inquietudes, sus hipótesis y los caminos seguidos en la investigación, pues en clase nos iba develando poco a poco todas estas cuestiones y, de ese modo, nosotros conocíamos muy de cerca su forma de trabajo, misma que pudimos — de quererlo — aplicarla por nuestra cuenta a los mismos temas dilectos del maestro o a otros, los preferidos por nosotros.

Pero la generosidad de don Juan como maestro fue todavía más allá. Como docente de niños y adolescentes que había sido, conocía las numerosas dificultades que los alumnos deben vencer para realizar una tarea práctica y aplicar los conocimientos adquiridos; por ello se preocupó, por un lado, por elaborar documentos ejemplificadores de lo que significaban

en la práctica la heurística y la hermenéutica, y, por otro, por ofrecer en un libro ejemplos personales de "las tareas históricas *menores* que todo historiador o profesor de Historia está obligado a realizar como parte importante de su profesión".

Precisamente por esa vena docente que le impuso ejercer el magisterio como parte vital de su existencia, don Juan preparó aquel texto que repartía a sus alumnos de introducción al estudio de la historia, y del cual nos beneficiamos aun los que no tomamos el curso, en el que se apreciaba con claridad de qué manera el historiador enfocaba su atención en un problema, en este caso el juramento del Juego de Pelota en Francia en 1789, y cómo realizaba todas las etapas de su trabajo. Así, el doctor Ortega iba dando cuenta, sucesivamente, de las fuentes relacionadas con el tema, a la vez que las sometía a una crítica y confrontación rigurosas, para, por último, con el material ya depurado, ofrecer una breve versión, la más verosímil, de los hechos.

Con este escrito de unas cuantas páginas, los estudiantes de entonces podíamos observar muy de cerca el oficio, el oficio que queríamos aprender a realizar y que don Juan estaba dispuesto a enseñarnos.

También con el explícito propósito de servir de "aparato didáctico a los estudiantes que en nuestras facultades y escuelas superiores cursan la carrera de Historia", don Juan armó aquel manual de regular tamaño titulado *Ensayos, tareas y estudios históricos* que publicó la Universidad Veracruzana en 1962. En él ofrecía, en cinco apartados, una información historiográfica —en la siempre modesta opinión del autor "peor o mejor lograda"—, pero, sobre todo, proponía ejemplos concretos y magistrales de lo que son los ensayos, las recensiones, los prólogos, los comentarios bibliográficos y las crónicas históricas. Al presentar su trabajo, el mismo doctor Ortega asentó:

Constantemente los profesores de Historia exigen a sus alumnos facultativos trabajos escritos que éstos con dificultad elaboran por desconocer la técnica apropiada, y, sobre todo, por no tener dechados que recrear y superar, de acuerdo con la regla ideal del buen discípulo. Aunque para tales trabajos historiográficos no hay reglas fijas ni recetas de fácil aplicación, hemos procurado en estos ejemplos nuestros recoger una serie varia de textos desperdigados para brindar con ella un mínimo de modelos didácticos o ejemplos de confección historiográfica. Estos modelos o dechados posiblemente no son tan excelentes como hubiéramos deseado; pero sí son, modestamente, los mejores que nosotros podemos ofrecer.

Bien sabía don Juan que no era posible preparar a los jóvenes aprendices si no predicaba con el ejemplo, y un ejemplo para todos nosotros fue su vida dedicada al estudio de la historia y su enseñanza.

El doctor Ortega y Medina pertenece ahora, como perteneció en vida, a ese selecto grupo de los grandes maestros que encarnan el espíritu humanista y la tradición universitaria, y que son —por eso mismo— un manantial inagotable en el que sus alumnos podemos abreviar para tratar de mantener —en los limitados campos de nuestras escasas posibilidades— su preocupación universal por el hombre en su paso por el mundo.

No sé si don Juan pudo percatarse de mi inmensa gratitud por sus enseñanzas, de mi afecto entrañable y de mi gran admiración, porque nunca se los hice explícitos y, tal vez, mi cercanía a otro maestro impidió que los manifestara en otro momento, seguramente, más oportuno. Sirva este recuerdo público sobre su gran valía como maestro para dejar constancia, también, de mis sentimientos.

Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones

María Cristina González Ortiz*

Con motivo de su recepción en la Academia Mexicana de la Historia, el 5 de octubre de 1976, don Juan Antonio Ortega y Medina presentó un brillante y bello discurso titulado "De Andrenios y Robinsones", el cual quedó integrado a un libro que publicó años después, considerado por su autor, como varias veces lo expresó, su obra predilecta.¹

Es "De Andrenios y Robinsones" un estudio en el que se muestran no sólo el método y la erudición de Ortega y Medina, sino también algo que no es fácil de definir y que podríamos llamar el talento, la agudeza y la destreza para dar una explicación convincente a las interrogantes que Clío plantea; dicho simplemente, la vocación histórica.

Uno de los aspectos del método que menos se considera en nuestros días, de poco estudio de la gramática y menos de la retórica, es el muy antiguo y elemental que se refiere a cómo se dicen las cosas; en nuestro caso, cómo se presentan el relato y la explicación históricas. Bien sabemos que el valor literario de una obra reside en la forma en que su argumento nos es presentado y no tanto en la originalidad de éste. Así, no construyen igual Flaubert, Proust y Joyce. Y entre ellos, son raros los escritores que explican su método: dejan que el lector inteligente lo descubra o que quede tan satisfecho y convencido con la lectura que ignore cómo el autor lo consiguió. El método es para el escritor como la cimbra de un edificio que, una vez cumplida su misión, puede quitarse. Quien verdaderamente aprecia el valor de una gran cúpula, digamos la de la basílica de San Pedro, admira no sólo su belleza sino también sabe de las dificultades que su construcción implicó para que no se viniera al suelo, sin que para ello tuvieran que dejarle todo el andamiaje. Con los historiadores sucede lo mismo que con los novelistas; sólo que algunos, tras entusiastas y prolifas explicaciones de su método, nos entregan únicamente algo similar al parto de los montes de la fábula griega. El maestro Ortega no fue de esos historiadores.

* Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM.

¹ *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, México, UNAM, 1981.

“De Andrenios y Robinsones” está dividido en tres partes, cada una de ellas con una muy clara estructura. En la primera y más breve, el Proemio, Ortega y Medina establece algunas diferencias entre el mundo español y el mundo inglés de los siglos xvi al xviii. En el aspecto filosófico, recuerda el nominalismo de los ingleses Escoto, Occam y Bacon, además del escolasticismo de los teólogos españoles. Sin embargo, profundiza más en el aspecto literario al hacer un paralelo entre la historia de los dos naufragos que inspiraron a Daniel Defoe y al Inca Garcilaso. Un naufrago escocés le servirá a Defoe para crear a Robinson Crusoe, quien se salva gracias a su trabajo e industria, convirtiéndose así en el héroe de la fábula puritana que hasta nuestros días exalta al moderno mundo inglés técnico y comercial. El otro naufrago, español y no menos sufrido, sólo le sirve a Garcilaso para mostrar la gran bondad de Dios —verdadero protagonista de la obra—, quien permitió que Pedro Serrano fuera rescatado de aquella isla desierta. La comparación no se queda entre los dos personajes tan distintos que los dos naufragos inspiraron, sino que Ortega introduce un protagonista más al que contrastará con Robinson. Lo toma de Baltazar Gracián quien, en *El criticón*, crea a un extraño personaje que vivía en una isla alejado del mundo y que vuelve a éste acompañado por Critilo, la razón crítica. Así, sufre las mundanas tentaciones que no puede rechazar sino después de un largo aprendizaje. A este personaje Critilo lo llama Andrenio, lo humano, quien alcanza finalmente la inmortalidad a través del sufrimiento.

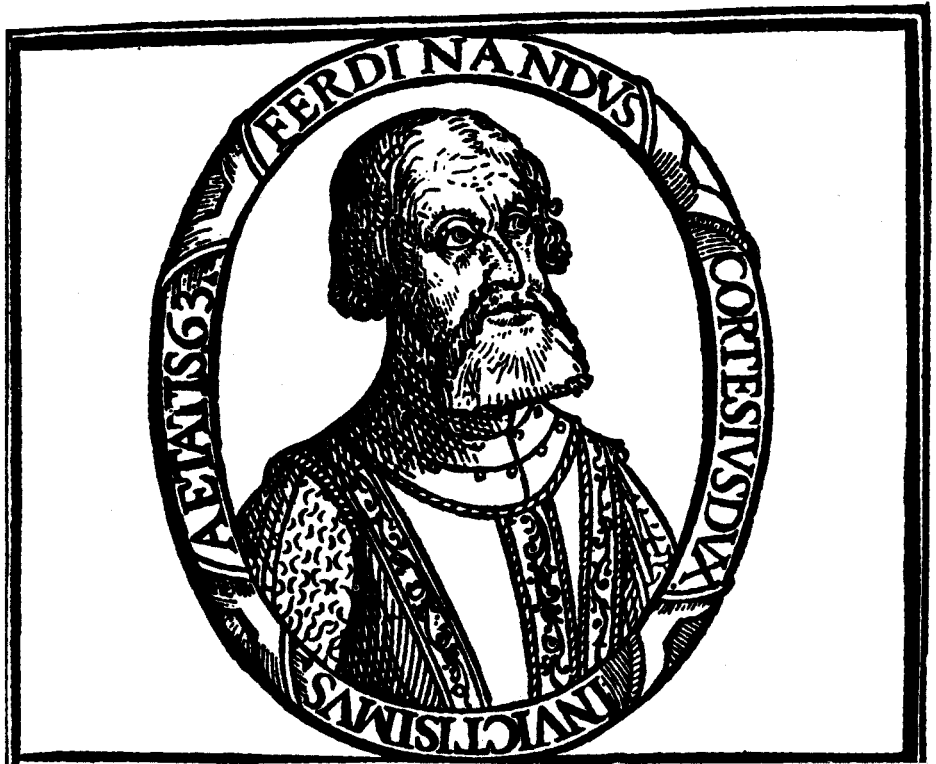
A partir de dos personajes ficticios de la literatura, Robinson que explota al mundo y Andrenio que lo sufre, Ortega y Medina nos introduce en dos mundos: el inglés en el que se enaltecen la bondad del trabajo y del empleo de la técnica en la consecución de un mundo digno y confortable y; el español, que es visto como algo engañoso y peligroso, mismo en el que actuaron los héroes españoles “mas no para cambiarlo y mejorarlo sino para resignada y alienadamente padecerlo”.²

Mostrada la diferencia que en la literatura se aprecia, Ortega y Medina se pregunta a qué se debió que el “proyecto de vida” de los españoles acabara en el desencanto del mundo. Adelanta aquí su tesis que después comprobará: se debió no sólo a razones religiosas “sino también y acaso más, a sinrazones ideológicas y políticas provenientes del esquema vital y espiritual puesto en práctica”.³ El problema ha quedado planteado con las dos posturas distintas ante la vida que muestran la filosofía y la literatura; queda ahora por ver si la historia las confirma también, si se encuentran en ella las “sinrazones ideológicas y políticas” de España.

En la segunda parte del discurso, “Crisis primera: el mar y los protestantes ingleses”, y en la tercera y última, “Crisis segunda: el mar y los católi-

² “De Andrenios y Robinsones”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, xxx, 1971-1976, p. 225.

³ *Ibidem*, p. 223.



cos españoles", estudia nuestro autor por separado los hechos que tuvieron mayor relevancia en la gestación del futuro de ambos pueblos. Pero sobre todo, se trata de dar, en la última parte, una explicación no sólo del contraste entre las dos naciones, sino de dar razón de por qué España, a diferencia de Inglaterra, abandonó el mar. Sobre este problema volveremos más adelante; por ahora sólo hemos querido mostrar el equilibrio de la estructura del trabajo de Ortega y Medina porque, bien lo saben los que bien escriben, no es una tarea fácil conseguirlo y marca, para empezar, la diferencia entre un trabajo sólido y otro que no lo es.

Es en el desarrollo de estas dos últimas partes en donde el maestro Ortega muestra la habilidad con que sabe utilizar su gran erudición, acumulada a lo largo de tesoreros años de estudio. Sólo el ilustrado, el dedicado al fructífero trato con los libros, puede valerse del contenido de éstos en el momento que lo necesite y con la soltura y seguridad que le da el conocer bien el acervo que posee. Domina don Juan no sólo la literatura española de la época sino también la inglesa y sitúa a ambas tanto en su momento histórico como en su relación con las tradiciones religiosas y filosóficas de cada una de ellas. Sabe así dónde encontrar la simpatía hacia

el mar de un Shakespeare o un Thomas Lodge, o la ignorancia que sobre las cosas del mar es evidente en el Quijote de Cervantes o el temor manifestado en el Critilo de Gracián, ante la idea de aventurarse por el mar en lo que llama un "ataúd anticipado".⁴

A la vez, con gran destreza, emplea Ortega las fuentes históricas sobre España e Inglaterra, en una amplia gama que comprende documentos de diversa índole: sobre las guerras que sostuvieron en el mar los castellanos por el control del Canal de la Mancha en los siglos xiv y xv; sobre los intereses económicos de estos mismos castellanos y su relación con las autoridades reales; sobre las actividades de los piratas, ya fueran de saqueo o mercantiles. En fin, todo lo que tenía que ver con la administración real, especialmente la política marítima de las dos naciones, sin faltar los escritos de los dos Richard Hakluyt y de Samuel Purchas,⁵ la información sobre los consejos que Antonio Pérez daba al rey de España y las quejas de Alonso de Contreras por las arbitrariedades reales.

Hasta aquí la cuidada forma y los vastos conocimientos de Ortega y Medina. Veamos ahora cuál es el pensamiento que a través de ellos se expresa. Pensamiento que no siempre se expresa con facilidad porque, si el lenguaje es claro y los razonamientos impecables, nuestro autor posee también el magnífico don de dejar que el lector adivine, descubra por su cuenta las últimas consecuencias de lo expuesto.

En la primera crisis, la inglesa, Ortega y Medina puede afirmar, tras el estudio de sus fuentes, que si la literatura inglesa de los siglos xvi y xvii huele a mar (nosotros diríamos que hasta principios de nuestro siglo, en Joseph Conrad por ejemplo, aún se percibe el salobre gusto), los ingleses no "escaparon hacia el mar" en forma espontánea, sino que fueron empujados. A principios del siglo xvi los ingleses se habían olvidado del mar y si volvieron a navegar no fue para continuar una tradición, sino guiados por razones materiales como las esgrimidas por Richard Hakluyt y, por otras, de tipo espiritual y muy poderosas, que se pueden sintetizar en el "calling" de la Reforma; transformando los ingleses el llamado de Dios a los elegidos en una verdadera vocación marinera. Así, nos dice Ortega,

En la expansión marítimo-comercial y premanufacturera de la Inglaterra del siglo xvi coadyuvarían al alimón la inspiración bíblico-religiosa y los intereses económicos. En el mar encontraron los ingleses, como buenos protestantes, un medio ideal donde ejercitar con fruto su vocación espiritual y su ascetismo intramundano reformista; asimismo. . . en el mar halló el ciudadano común el medio más adecuado para progresar riesgosa pero selectivamente en el medio social. . . En las empresas oceánicas sentirá, pues, Inglaterra que radica su

⁴ *Ibidem*, p. 242.

⁵ Estos asuntos ya los había tratado Ortega en *México en la conciencia anglo-sajona*, México, Porrúa y Obregón, 1953-1955, 2 v.

presente y futuro destino histórico; su ser, su vida y sus ansias; su justificación para consigo misma, su religión y salvación: ¡Todo!⁶

En la última parte, la de la segunda crisis, Ortega se pregunta más por lo que los españoles dejaron de hacer que por lo que habían hecho y, sobre todo, por qué. A diferencia de Inglaterra, Castilla y la zona del Cantábrico contaban con una rica tradición marinera: habían vencido a los ingleses en el mar amén de mantener importantes lazos comerciales con Flandes como abundantes ejemplos lo confirmaban. Sin embargo, esta tradición marinera comenzó a debilitarse a partir de los Reyes Católicos cuyo absolutismo, dice nuestro autor, "destruyó a la Castilla burguesa y aseguró el triunfo de la Castilla señorial".⁷ Carlos V, que introdujo la tradición terrestre y dinástica de los Habsburgo, tampoco hizo nada por la flota española. El emperador y su hijo, llevados por su celo contrarreformista, se empeñaron en guiar a España con una ideología que no tenía nada que ver con el "llamado" especial de Dios a los protestantes. Así pues, a finales del siglo XVI, tras la derrota de la Armada Invencible, provocada por la "ausencia absoluta de la más mínima iniciativa, los andrenios ibéricos más representativos comenzaron su larga y dolorosa letanía antitradicional y antimarinera".⁸ Y si antes Ortega había apuntado que la literatura inglesa olía a mar, muestra ahora abundantes ejemplos de la española que reflejan no sólo el temor y la antipatía hacia el mar sino también la indiferencia hacia la industria y la técnica. Pero los ejemplos tomados de la ficción son menos dolorosos que los proporcionados por la realidad. Éstos demuestran cómo el gobierno y la burocracia de España se opusieron a todos los proyectos de libre navegación a la vez que desconfiaron de los hombres de talento y experiencia que intuían los caminos del progreso. Porque a España no le faltaron hombres prácticos que vieran las recompensas que el mar prometía. Cuántos no solicitaron su patente de corso, cuántos no quisieron navegar y comerciar sin freno y cuántos más no observaron con amargura y desaliento que los altos puestos del almirantazgo eran depositados en las manos de los ineptos que pertenecían al cerrado mundo de la aristocracia. En un apretado y patético párrafo, el maestro Ortega explica por qué España se desentendió del mar y se lo dejó a Inglaterra al no permitir que sus mejores hombres lo conservaran:

no fue sino la dramática resultante histórica de un sistema triturador y emasculante practicado a ciencia, paciencia y conciencia por la sarcomática (pero eficaz en cuanto rasuradora) burocracia española a partir incluso de los Reyes Católicos. Jamás en la historia de ninguna nación europea moderna se conspiró hasta el extremo en que lo hicieron la Iglesia, el Estado, los Consejos y las

⁶ "De Andrenios y Robinsones", p. 234.

⁷ *Ibidem*, p. 241.

⁸ *Ibidem*, p. 242.

Cortes contra los mejores, los más enérgicos, los más sobresalientes a independientes hijos de las Españas. Las desatadas energías del pueblo fueron en primer lugar minuciosamente reglamentadas, poco después reprimidas y por último totalmente domesticadas o destruidas.⁹

Los españoles, sin necesidad del "llamado" protestante, habían tenido la misma o más iniciativa que los ingleses, pero el excesivo control estatal-religioso los frenó. Cabe entonces preguntarse a quiénes prefiere Ortega y Medina, si a los robinsones o a los andrenios, porque de la lectura de esta disertación parece surgir una contradicción.

Para empezar, la figura de Robinson no despierta en nosotros una gran admiración, no nos "mueve" en el sentido teresiano y es que, en realidad, no parece ser muy atractiva en nuestro medio; son pocos aquí los que leen la obra de Defoe que ejemplifica el dominio de la naturaleza mediante el trabajo y la industria. Probablemente este rechazo se explique por las simpatías o antipatías inconscientes que provoca la herencia cultural hispana. Andrenio, en cambio, despierta el sentimiento de lo familiar, lo conocido. Pese a sus fracasos y duro vivir se gana las simpatías porque simboliza lo humano. Ortega y Medina tampoco era ajeno a esta doble actitud ante Robinson y Andrenio. Muy por el contrario, los presenta con gran habilidad, consciente de que creará confusión.

Por otro lado, es evidente que, aunque simpatice con Andrenio, don Juan se lamenta de la suerte que corrió España al darle la espalda al mar. Y no se refiere a esto en sentido poético o con vagas generalizaciones, sino que, sin ambages, se queja de que no fueran otorgadas patentes de corso a quienes querían combatir a los ingleses con sus propias armas. Ahora bien, ¿querrá decir esto que Ortega hubiera deseado ver convertido al pueblo español en una nación de Robinsones? No parece ser así. Su mensaje es que, y en este sentido se salva la aparente contradicción que mencionábamos, la habilidad y la tecnología de Robinson, que tantos bienes puede acarrear al hombre, debe ser controlada por éste para no ser deshumanizado. Pero, por otro lado, el estado no debe coartar la iniciativa de sus hombres.

Si Ortega estudia los acontecimientos de unos siglos tan alejados de nuestro tiempo es precisamente por su cercanía con nuestro presente. No precisamente con la humanidad en general — aunque también muy válidos para ésta tan amenazada por las armas nucleares y los gobiernos que quieren controlar en demasía — sino con nosotros los mexicanos, los descendientes por una línea de Andrenio. Indiferentes también a las cosas del mar al que abandonamos, porque fue en nuestras costas del Pacífico donde en el siglo XVI se construyeron las naves que fueron a las Filipinas, en una empresa no española sino novohispana. Pero también aquí la centrali-

⁹ *Ibidem*, p. 245.

zación política y económica que España ejerció sobre sus colonias hizo que la industria naviera no arraigara y prosperara. Y si entonces sufrimos el dominio político español, hoy padecemos la vecindad de los robinsones por excelencia. Y en ello radica una de las grandes inquietudes de Ortega y Medina, razón de uno de sus libros más leídos, la creencia de los robinsones en un destino manifiesto.¹⁰ Ortega, como muchos mexicanos, estuvo consciente de la necesidad de definir nuestra identidad no sólo a través del autoconocimiento sino del de aquéllos que tanto han influido en nuestra historia. A este conocimiento también contribuyó Ortega en otra de sus obras, al estudiar una importante faceta de los robinsones — misma que se presta a la comparación de la contrapartida novohispana de los andrenios —, la de la evangelización puritana: tan religiosa y tan cruel a la vez, tan poco humana, tan sin la huella de los andrenios.¹¹

Para terminar, ya que hablamos de andrenios y robinsones para recordar la labor de docencia e investigación del maestro Ortega, nos atrevemos a decir que don Juan encarnó una feliz y equilibrada combinación de lo que estos personajes simbolizan. Encontrábamos en él al noble y caballeroso Andrenio que no dejó de guiar y enseñar desinteresadamente a sus alumnos y, no menos, al trabajador y tesonero Robinson que a lo largo de más de cuarenta años en nuestra Universidad realizó una importantísima obra bibliográfica ampliamente conocida. Así, nos enseñó don Juan no sólo a lidiar con la escurridiza Clío sino también a ser más humanos y no echar por la borda las humanas virtudes, de las que ya se habla poco, pero todos conocemos.

¹⁰ *Destino manifiesto*, México, SepSetentas, 1972.

¹¹ *La evangelización puritana en Norteamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

La empresa que transformó el Nuevo Mundo

Javier Torres Medina *

Ortega y Medina y la historiografía

El presente trabajo tratará de ahondar en la personalidad historiográfica de uno de los historiadores más connotados de la actualidad, el doctor Juan A. Ortega y Medina, a través de uno de los temas que más lo apasionaron: el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, en un texto inédito que lleva como título *Propósitos y fines de la expansión*.

Durante muchos años, Ortega y Medina se especializó en temas historiográficos, como nos lo demuestran sus obras, a saber: *Historiografía soviética iberoamericanista* (1961), *Estudios de tema mexicano* (1973) y *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (1980); además de la realización de varios prólogos y estudios críticos a obras historiográficas. Un año antes de su fallecimiento, se interesó por la obra de historiadores contemporáneos. En su seminario sobre historiografía, las obras de Edmundo O'Gorman y de Silvio Zavala fueron ampliamente discutidas por él y por el grupo de alumnos al cual pertenecí.

Ortega y Medina ha abordado la temática del descubrimiento y la conquista de América desde diversos enfoques, pero es este breve texto, que me permito comentar, el que quizá tenga en síntesis las características del discurso orteguiano sobre un tema que ha tratado en otras ocasiones, mostrando una España marinera y expansionista junto a una Nueva España de la que no entenderíamos su historia si no entendiésemos el carácter expansionista español:

Si verdaderamente intentamos aprehender el dramático proceso de nuestra historia moderna y contemporánea, ya en el caso particular de México o en general de Hispanoamérica, tendremos que recurrir a las claves de la historia moderna española; es decir, al largo periodo que comienza a fines del siglo xv y termina *mutantis mutandis* durante la segunda década del siglo xix.¹

* Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM.

¹ Juan A. Ortega y Medina, *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (Siglos XVI y XVII)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1981, 300 p. (Serie de Historia General, 12).

El texto, elaborado por el doctor en 1990, fue analizado y comentado en el Seminario. Es un estudio rico en ideas, algunas novedosas, como cuando habla de la catástrofe demográfica, y algunas ya sabidas, como cuando trata sobre la interpretación mesiánica de la expansión. Sin embargo, el texto está salpicado de nuevas informaciones y enfoques novedosos que tratan de desentrañar el problema del ser americano que se fue formando en los albores del siglo xvi.

Una Europa asolada en busca de su ser

Ortega y Medina nos pone frente a un punto de vista novedoso sobre el origen de la expansión europea, nos enfrenta a una realidad hasta entonces tenida en el olvido: la península europea asolada por tribus de Euroasia: galos, partos, hunos, mongoles, tártaros, árabes y turcos que querían destruir el último reducto de cultura occidental. La vieja lucha dialéctica entre la barbarie y la civilización tiene un amplio campo desde las postrimerías del Imperio Romano hasta el siglo xvi, en el que Europa luchó contra los turcos pretendiendo romper el freno impuesto que la tenía postrada. Las circunstancias del cerco hicieron que una Europa desesperada buscara nuevos caminos allende los mares. La Europa marinera fue producto de ese cerco que se le imponía y que debía romper.

Sólo cuando los portugueses —explica el doctor— lograron bopear el temible cabo de las Tormentas (1497), o de Buena Esperanza, comenzaron los europeos a respirar comercial y militarmente tranquilos gracias a la heroicidad y empeño de los marinos lusitanos, quienes lograron penetrar en el mero corazón del emporio levantino (India, Indochina, Molucas, etc.) y Lisboa se convirtió en el centro exportador para toda Europa de las codiciadas riquezas orientales.

A las proezas marítimas de los lusitanos siguieron las de los castellanos, que desembocaron en el descubrimiento del Nuevo Mundo. Casi por estas fechas, los rusos invadieron hacia el este y hacia el sur las estepas asiáticas, liberando a Europa de su cerco por ese flanco, lo que le dio a la vieja Europa el primer respiro después de varios siglos y la preparó para una de las empresas más trascendentes de su historia.

La Castilla marinera y expansionista

Ortega y Medina escribe que en Castilla se dio una incesante actividad guerrera y espiritual, alimentada a lo largo de ocho siglos de la llamada Reconquista. Y, en efecto, el carácter de reconquista espiritual contra el moro fue un fogueo para las empresas aventureras; éste impregnó de tal manera al pueblo español que le facilitó — como dice Ortega — “la endo-exómo-

sis social hispánica". Así, el ascenso social estaba determinado por una frontera móvil, en donde los valores militares y religiosos: la lealtad, la audacia, la destreza manual, fueron elementos que conformaron el espíritu aventurero que tendría su más intenso escenario en América.

Ortega no niega el carácter aventurero de la empresa americana, pero afirma que estaba impregnada de una fe religiosa en extremo. Así nos lo refiere nuestro autor:

Estos soldados de la conquista obraban por su cuenta por lo que tocaba a los riesgos y costas. Si bien consideraban que su actividad se ejercía en servicio del emperador, como leales vasallos y nobles caballeros que procuraban además de combatir a los indios para ganar tierras y riquezas, en efecto; pero también para liberarlos, así lo estimaban ellos, de las garras de Satanás.

Sí: la empresa de conquista tuvo una doble cara, cuando dice Ortega y Medina que, por un lado, estaba la estameña franciscana y, por otro, estaba la espada del guerrero. Ortega y Medina, basándose en Bernal y en Francisco de Aguilar señala que nunca se habían expresado con mayor simpleza y verdad los móviles de esta doble acción: codicia y religiosidad.

Pero independientemente de estos dos móviles existía un tercero que era el fundamento jurídico de la empresa. Ortega y Medina explica que la empresa tuvo un origen contractual individual y que se esperaba una recompensa al fin de la misma. Era como "un negocio aleatorio". Ortega ejemplifica diciendo que en la segunda expedición de Juan de Grijalva aparecen nuevos rasgos: asociación de algunos vecinos con recursos, la intervención como empresario de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, y el permiso de los frailes jerónimos de Santo Domingo, gobernadores de la isla. En estos rasgos se adivina un principio de empresa capitalista, aunque el nombre real se empleaba en las batallas, actos de justicia y tomas de posesión de la tierra.

El intercambio de naturalezas

Dos son las características que se remarcan en el retrato del conquistador: la ambición y la curiosidad, aspectos que hicieron posible que los aventureros colonizadores no se arredraran ante el paisaje gigantesco que ofrecía la geografía americana, de la cual no "dejaron palmo sin hollar"; y tanto cambiaron la ecología del Nuevo Mundo que, sin la intervención de los europeos, hubiera tardado varios siglos para transformarse en la forma en que lo hizo.

El doctor Ortega nos explica la importancia de la agricultura y la ganadería como factores esenciales de la conquista. Desde la colonización de las Antillas, la presencia de granjerías con nuevas especies animales y

el cultivo de nuevos cereales trajo como consecuencia la solidificación del sistema europeo que, a su vez, fue soporte de las futuras expediciones a tierra firme:

La conquista de México, la del Perú y la de la Nueva Granada no se hubieran realizado sin la participación de esos estancieros antillanos e istmeños que proveían a los empresarios de las expediciones con cerdos (más importantes incluso que el caballo y el perro) y los productos agrícolas europeos e indianos.

Los animales y los productos agrícolas se aclimataron rápidamente a las condiciones americanas, por lo que su reproducción fue rápida y en aumento, lo que permitió satisfacer las demandas de los soldados y oficiales expedicionarios. Ortega plantea que hubo una mezcla entre los productos americanos y europeos que competían en el consumo, por lo que la agricultura india subsistió:

La agricultura importada en las Indias quedó limitada a un papel de consumo y continuó perviviendo con mayor intensidad la agricultura indígena; aunque lentamente ciertos productos esenciales fueron penetrando asimismo en el cuadro ya de suyo rico de la agricultura india perteneciente a las altas culturas mesoamericanas y suramericanas.

Según el doctor Ortega, la producción agrícola fue fortaleciendo los asentamientos colonizadores y fueron el pivote que impulsó las empresas aventureras y descubridoras. Es importante recalcar que Ortega señala esta presencia agrícola y ganadera como un factor que ayudó al desarrollo de los reales de minas, en cuyo entorno crecieron las estancias y las granjerías que surtían de víveres a la inmensa población que se iba asentando en torno a los tiros y yacimientos. Nos explica los problemas que ocasionó la ganadería en particular. Las crónicas hablan de los males producidos por la invasión de reses en los sembradíos de los naturales y de los destrozos que producían. Asimismo, "esta multiplicación de reses abarató la carne y propició la exportación de pieles curadas y curtidas, los efectos de esta revolución ganadera provocó la proliferación de ranchos, haciendas y latifundios ganaderos, a costa muchas veces de las tierras de las repúblicas de indios. . ."

La presencia de conquistadores y colonos implicó la necesidad de no sólo un reparto de la tierra americana, sino del trabajo de los habitantes indios. La encomienda surgió — explica Ortega y Medina — como una forma de premiar a los soldados victoriosos, pero se evitó hábilmente el florecimiento de un sistema señorial, ya que la encomienda no otorgaba la tierra en propiedad absoluta.

El Estado consolidó firmemente el pleno dominio civil y político sobre los territorios indios y sus habitantes. Toda la tierra disponible fue considerada como regalía de la corona.

Las transformaciones que sufrió América fueron incontables. A los cambios ecológicos se vino a sumar una catástrofe demográfica de características realmente pavorosas. El autor opina que sobre esta catástrofe mucho se ha especulado en el sentido destructivo y negativo de la conquista, pero que la catástrofe demográfica se debió en gran medida a las enfermedades, pestilencias y epidemias importadas por los españoles, frente a las cuales estaban indefensos los indígenas por carecer de anticuerpos. El doctor explica que los cerdos y caballos, al beber y desbeber en los agujeros que iban encontrando durante la marcha de la hueste, lo hacían en esos ojos de agua donde también bebían los indígenas, causándoles severas intoxicaciones intestinales. Esos animales resultaban terribles focos de contagio y transmisión de enfermedades, contra los cuales los naturales estaban indefensos. Así, los conquistadores iban diezmado a la población sin saberlo.

Otro problema que nos presenta el doctor Ortega y Medina es el del mestizaje, el cual es la característica determinante de las naciones iberoamericanas debido a que de los españoles se había desterrado cualquier idea de prejuicios raciales, al tener que convivir en el solar peninsular cris-



tianos, musulmanes y judíos. La formación de un mundo mestizo le dio otro carácter a América:

El mundo mestizo se conformó principalmente de la mezcla de la clase popular española con la clase popular indígena y tenemos por ejemplo la presencia del vaquero en la Nueva España, el gaucho en las pampas sureñas del continente y el guaso de Chile y otras regiones; mestizos representativos que aprendieron a ver y vivir el mundo desde la silla de su cabalgadura.

El aventurero, el cura y el ladrón

El proceso de expansión de la colonización se dio con una asombrosa rapidez, pues en cerca de medio siglo, desde el centro de lo que ahora son los Estados Unidos de Norte América hasta la Patagonia fue recorrido el territorio americano por los exploradores españoles. La expansión fue gigantesca, ya que esta generación de osados aventureros emprendió desde la Nueva España la conquista de Filipinas y desde la Nueva Castilla los viajes de Álvaro Mendaña y Pedro Fernández de Quirós, con intento colonizador, a las islas Salomón (1567), las de Santa Cruz (1592), las Marquesas (1595) y las costas de Australia (1609).

El doctor Ortega afirma que todas estas empresas tenían una interpretación mesiánica, pues eran claras las ideas erasmistas de un príncipe cristiano en el historiador y conquistador Gonzalo Fernández de Oviedo, portavoz de la fe imperialista en los destinos de España. Basándose en O'Gorman, el doctor escribe que se trataba de una visión mesiánica de la historia, fundada en la fe de los españoles que tenían a su pueblo como el elegido de Dios para implantar una monarquía universal. Dios manejaba el proyecto de imperio cristiano universal y "elige al pueblo español, campeón de la fe, para que éste y su emperador, hombre providencial, realice la voluntad del Señor".

Explica el autor que tanto en Gómara como en Oviedo, así como en los más connotados soldados y caudillos de la conquista, se dan las razones políticas, económicas y religiosas justificadoras de la expansión española en las Indias, pero ninguno de ellos repara en la necesidad de presentar la justificación jurídica. Escribe que es necesario que entendamos cómo se dio el proceso de legitimación jurídica a través del derecho divino. Explica que el canonista Enrique de Susa, el "Ostiense", sostenía que el Papa era un vicario universal, y que no sólo tenía la potestad sobre los cristianos sino sobre todos los infieles. De acuerdo con el Ostiense, "los títulos de los infieles, fundados en el derecho natural y de gentes, antes de Cristo, desaparecieron con su venida y recayeron en el poder temporal del Papa". Ortega contrasta estas aseveraciones explicando que en una obra de la corriente iusnaturalista española, *Reelecciones de Indias* del padre Vitoria, se sostiene como títulos ilegítimos el que el emperador fuese señor del

mundo, que aunque lo fuese, ello no le autorizaba a adueñarse de las provincias de indios, ni a poner nuevos señores y quitar los antiguos, ni a imponer tributos; que el Papa no es señor civil ni temporal, pues éste sólo tiene el poder temporal, pero sólo en cuanto al servicio de cosas espirituales, además que no tiene poder temporal sobre los indios y que la negativa de éstos a reconocerle no implica razón para hacerles la guerra. Vitoria decía también que los indios no son culpables del pecado de irreligión. Después de esto, Ortega escribe que el dominico analiza los títulos legítimos de la dominación española como son el libre tránsito, derecho de viajar y permanecer en ella, siempre que no hagan daño a los naturales o que éstos no se lo impidan, pues esto sí sería motivo de una guerra justa. Los españoles tienen el derecho de declarar o predicar el evangelio en países bárbaros y, si se utilizara el recurso de la guerra para esta acción, se debería de ejercer de la manera más suave.

En última instancia, la Corona española y la Iglesia católica fueron el freno a los apetitos desbocados y codiciosos de los aventureros; ambas limitaban al conquistador ideal y económicamente, pues tenían elevados propósitos de evangelización y de otorgar instrucción civil a las masas indias de América. Además, los intereses fiscales de la hacienda real y los intereses de los religiosos por el cobro de sus sueldos, diezmo y mantenimiento de iglesias y monasterios, recortaban los apetitos de los conquistadores. Las reformas de Jiménez de Cisneros en el seno del clero regular y secular, es decir, la purificación de toda la Iglesia española, tuvieron como efecto la llegada a las Indias de frailes misioneros de un elevado índice intelectual y ético:

Ante la presencia de millones de indios la España renovada pudo tener a la mano una legión de hombres cristianos, santos, abnegados y de claro talento, dispuestos a conquistar espiritualmente a las naciones que vivían, según ellos, en el error de las civilizaciones idólatras y ajenos por lo tanto a la luz reveladora del evangelio de salvación, y cautivos asimismo por las artimañas del demonio.

Éstos fueron los fines de la expansión evangelizadora, pues la salvación de aquellas almas indias eran motivo suficiente para realizar tamaña empresa. Caída la ciudad de Tenochtitlán, el 13 de mayo de 1524 llegaban a San Juan de Ulúa los famosos doce padres, encabezados por fray Martín Valencia. Tras estos doce llegaron también doce dominicos (1526) y posteriormente, en el mismo año, siete agustinos. Luego llegaron los educadores de la Compañía de Jesús. Los mercedarios lo habían hecho en 1530. Al regresar al Perú Francisco Pizarro, le acompañaron siete destacados dominicos y, en 1568, los regulares de la Compañía de Jesús llegaron a la región andina erigiendo de inmediato el convento máximo de San Pedro y San Pablo donde se dedicaron a la enseñanza. La cultura se expandió y se

fundaron las primeras universidades en Perú, México y Santa Fe de Bogotá. En Córdoba, Tucumán, se estableció una ciudad universitaria jesuita: el Colegio Máximo, en 1613. Ortega no deja de lado la explicación de la expansión cultural en el Nuevo Mundo, por lo que se exaltaron las obras que se hicieron para que el europeo comprendiera la naturaleza de estas tierras americanas. En la conciencia del europeo iba surgiendo una idea cada vez más exacta de lo que era el continente, a través de obras como la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, de fray Bernardino de Sahagún, la *Historia general y natural de las Indias*, de Oviedo, la *Historia natural y moral de las Indias*, de José Acosta, y la *Historia general de las Indias*, de Gómara, entre otras.

Ortega termina afirmando que la transculturación del Nuevo Mundo fue un proceso de formación de una nueva esencia latinoamericana que se nutre del sustrato prehispánico, pero que, sin embargo, este sustrato se halla marginado en nuestros días. Dice al respecto:

Paulatinamente la transculturación del mundo occidental en América se muestra patente, aunque cabe señalar que aún hoy subsisten grupos indígenas injustamente marginados que conservan sustratos valiosos de su cultura primigenia y sobre todo su expresión lingüística. Así, en el Nuevo Mundo se desarrolla y enriquece una cultura latinoamericana que si bien posee los rasgos esenciales de la llamada cultura occidental, se identifica por la impronta substantiva de los pueblos prehispánicos.

Hidalgo y Costilla y "El Grito" del 16 de Septiembre

*Para don Juan Ortega y Medina, in memoriam
Carmen Vázquez Mantecón **

La historiografía de la primera mitad del siglo XIX

Una generación importante para la historia de nuestra historiografía es la de algunos escritores que nacieron hacia el último decenio del siglo XVIII y que les tocó vivir durante la primera mitad del siglo XIX. Además de ser actores políticos, escribieron su versión para explicar y justificar sus actos. De ellos, unos se dedicaron a narrar la historia de la revolución de independencia; otros prefirieron la historia del México recién gestado. Algunos publicaron en el extranjero para cambiar la imagen errónea que se tenía de los mexicanos. Uno revisó el pasado para hacerlo responsable del presente trágico que vivían. Los menos escribieron con confianza en el porvenir.

Todos forman parte de la generación de criollos que, al ser consumada la independencia, se ocuparon en decidir el destino político del naciente país. Partieron de las ideas del siglo: del liberalismo, pero no todos lo fueron fieles hasta el final de su carrera política. Desengañados después de la pérdida de más de la mitad del territorio hacia 1848, algunos se consolidaron en un grupo opositor conocido como "los conservadores". Unos y otros fueron los protagonistas de una nación que, por múltiples causas, no logró cuajar. En sus escritos es posible encontrar los motivos a los que atribuyeron el caos político que vivía México. Narraron la que consideraron su verdad. En el desenlace de los acontecimientos que nos cuentan, podemos ver cuál fue su intención y, al mismo tiempo, cuál su manera de pensar.

Un tema que preocupó a casi todos los historiadores de esta generación es el de la revolución de independencia y la herencia de ésta treinta o cuarenta años después. Resulta interesante preguntarles lo que pensaban, por ejemplo, sobre el momento en que Hidalgo inició la revolución.

* Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Un camino de búsqueda nos lo sugiere el historiador Andrés Lira al proponer que pueden ser buenos indicadores los instantes culminantes de la narración, la composición de ciertas escenas en donde los protagonistas, al hablar, traslucen cuál es la intención que inspira al autor. Lo que queda iluminado, más que el mismo acontecimiento, es —insiste Lira— la visión del mundo y la posición del que lo escribe.¹

Hoy los mexicanos reconocemos el 16 de septiembre como la fecha del aniversario de nuestra independencia. La ceremonia oficial se refiere año con año al "grito" de Dolores, grito que se renueva a las once de la noche del quince de septiembre, cuando aparece en el balcón principal de cada palacio de gobierno un jefe político, que nos convoca a lanzar vivas a la independencia y a los héroes que nos dieron patria.² Desde que cursamos la escuela primaria, aprendimos que en la madrugada del 16 de septiembre de 1810, el cura de Dolores don Miguel Hidalgo dio el grito de libertad que inició el camino de la liberación de nuestra patria.

¿Cómo relataron este acontecimiento los criollos que escribieron por primera vez la historia de esa revolución? Sólo cinco de aquellos escritores se refirieron a esos hechos. Vayamos brevemente a recuperar sus palabras.

Las distintas versiones del "grito" de Hidalgo

El primero que escribe es fray Servando Teresa de Mier en su *Historia de la Revolución de Nueva España*, publicada en 1813 en Londres. Aunque no fue testigo de los acontecimientos que narra, esto no le impide dar su versión, según lo que ha leído en distintos periódicos. Lo que Mier relata es como para ser representado en un escenario. Imagina el diálogo que Hidalgo entabló con los hombres que acudieron a su llamado. Cuenta que al saber descubierta su conspiración, el cura de Dolores convocó al pueblo y lo arengó con estas palabras:

—No hay remedio, está visto que los europeos nos entregan a los franceses: Veis premiados a los que prendieron al virrey. . . el corregidor porque es criollo está preso; Adiós religión! Sereis jacobinos, Sereis impíos: Adiós Fernando VIII! Sereis de Napoleón. —No padre, gritaron los indios, defendámonos: Viva la Virgen de Guadalupe!, Viva Fernando VIII! —Vivan pues (dijo Hidalgo) y seguid a vuestro cura, que siempre se ha desvelado por vuestra felicidad.³

¹ Andrés Lira G., "Las palabras de Cuauhtémoc en la historiografía de los siglos XVI a XIX", en *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, núm. 47, verano de 1991, p. 61.

² En el nuevo libro de texto gratuito de *Historia de México, 1992*, se puede leer en la página 69: "En la madrugada del 16 de septiembre de 1810, el cura Hidalgo llamó a la gente desde el campanario de su pequeña parroquia de Dolores y dio el grito de libertad que inició el movimiento insurgente."

³ Servando Teresa de Mier, *Historia de la Revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen y causas de ella, con la relación de sus progresos, hasta el presente año de 1813*, 2

En su relato, Mier se retrata a sí mismo y nos muestra su modo de pensar. Vemos el ideario del criollo liberal que está en contra del poder de los españoles en América y que reniega de la presencia de los franceses en España. Defiende a ultranza la religión católica y sostiene que es falso que en Dolores se procediese en nada contra los europeos, que en ninguna parte se ofreció resistencia. Es —dice— una calumnia contra Hidalgo verlo como el incitador de la profusión de sangre.⁴ Según Mier es el pueblo el que grita vivas a la Guadalupana y al monarca español.

El segundo que da su versión es Carlos María de Bustamante, importante liberal centralista, en su obra *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana* publicado la primera vez en 1821. Cita el relato de Mario Michelena y escribe que el cura de Dolores quería venganza al mirar a su querido pueblo esclavizado y estaba decidido a conquistar la libertad de su patria. Cuenta que, al ser descubierto, se dio,

por las circunstancias del momento, *el grito* terrible que se propagó como la luz del crepúsculo por toda la América, grito que sobre ser de odio fue impolítico, y tanto más cuanto que se obraba sin programa o plan formado anticipadamente y que fue la causa de robos y asesinatos.⁵

Bustamante es el primero que habla del grito como sinónimo del llamado a la revolución, y no lo asocia a las palabras precisas que pudo decir Hidalgo o el pueblo que lo sigue. Señala la ausencia de un plan y los robos y saqueos que se dieron.

El liberal yorkino Lorenzo de Zavala publica en 1831 en París su *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*. Sigue en todo la opinión de Bustamante⁶ y agrega a su relato que, al momento de la matanza de españoles en Guanajuato, fue cuando se propagó el *grito* general: "Mueran los gachupines".⁷ Escribe que Hidalgo obraba sin plan, sin sistema y sin objeto determinado. Que su única base de operaciones, su bandera nacional, su código y su institución era la imagen de la Virgen de Guadalupe a la cual también se coreaban ¡vivas! Era —según él— un espectáculo de muchos muertos y heridos.⁸

Otro desterrado publica en París su historia en 1836. Se trata del liberal mexicano José María Luis Mora, quien da a conocer su libro *México y sus*

t., Londres, Imprenta de Guillermo Glindon, 1813; edición facsimilar, México FCE, Instituto Cultural Helénico, 1986, t. 1, p. 293.

⁴ *Ibid.*, p. 296.

⁵ Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, México, Mariano Lara, 1843; edición facsimilar, México, FCE, 1985, t. 1, p. 19-20.

⁶ Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, París, 1831; edición facsimilar de la segunda edición, México, Manuel de la Vega, 1845, México, FCE, 1985, p. 45.

⁷ *Ibid.*, p. 46.

⁸ *Ibid.*, p. 47.

revoluciones. Cuenta que, al ser descubiertos los conspiradores de Querétaro, el cura de Dolores

. . . recibió la noticia con la sangre fría que le era característica, y sin dar la menor muestra de temor ni de sorpresa, dijo a Allende y a Abasolo que estaba también presente, que la situación en que se hallaban no era para conferencias prolongadas sino para acciones decisivas, únicas capaces de salvarlos de pronto y de asegurar más tarde el éxito de la revolución. . . Era la media noche. . . y no había medios ningunos de acción. . . Hidalgo insistió en que era necesario hacerlo y no salir del pueblo sin dejarlo ya conmovido y pronunciado contra el gobierno y los españoles. Con diez hombres, de los cuales cinco eran forzados, se procedió a prender a los españoles del lugar. . . y dado ese paso del que se salió sin dificultad, se convocó a son de campana a los indios y demás clases del pueblo a quienes se anunció que la religión corría riesgo por parte del gobierno y los españoles y que se conspiraba contra ella y que era necesario salvarla a toda costa.⁹

Mora, en tanto crítico del fanatismo religioso, señala que ese llamamiento produjo el efecto que se deseaba porque los del pueblo eran supersticiosos y creían en su cura y, además, porque los ánimos estaban encendidos por ciertos ejercicios espirituales que se acostumbraban por septiembre en las parroquias de los pueblos de México, y que se conocían con el nombre de "desagravios". Cuenta que "la masa informe y desordenada" entró a la villa de San Miguel gritando *¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe, muera el mal gobierno, mueran los gachupines!*¹⁰

De nuevo aparece la masa como protagonista del "grito". Ahora se agrega otra frase más: "muera el mal gobierno". La seriedad que atribuye a Hidalgo nos recuerda al mismo Mora, quien fue adusto y de pocas palabras. No menciona los saqueos ni hace alusión a la falta de plan en Hidalgo.

Trece años después del relato de Mora, el político e historiador conservador Lucas Alamán escribe su versión de los hechos. Se basa en las declaraciones y en la causa abierta de Hidalgo, Allende y, sobre todo la de Aldama, cuando fueron hechos prisioneros, y en la relación que le hicieron algunos testigos que él considera fidedignos. Además, él estaba en Guanajuato cuando entraron Hidalgo y sus hombres. En el tomo primero de su *Historia de México* cuenta que, hacia las dos de la mañana del día 16, ya dormía Hidalgo cuando pasaron a su habitación Allende y Aldama para darle la noticia de que habían sido descubiertos. Mientras el cura se calzaba las medias dijo: "Caballeros, somos perdidos, aquí no hay más recurso que ir a coger gachupines". Aldama le replicó: "¿Qué va V. a hacer?

⁹ José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, París, Librería de la Rosa, 1836; edición facsimilar, México, FCE, 1986, p. 19-20.

¹⁰ *Ibid.*, p. 20-21.

Por amor de Dios, que vea lo que hace". El cura estaba resuelto y salió con ellos de su casa y con diez hombres armados que ahí estaban, hacia la cárcel donde liberó a los reos. Después hicieron prisioneros al subdelegado y a otros funcionarios y saquearon sus pertenencias. Era domingo y la gente acostumbraba oír misa temprano. El cura tocó las campanas antes de lo acostumbrado para reunirlos. El pueblo saqueaba las casas de los españoles y los llevaban a la cárcel. Al pasar por el santuario de Atotonilco, Hidalgo — que no tenía todavía un plan para dirigir la revolución — vio casualmente en la sacristía un cuadro de la Virgen de Guadalupe y aprovechó la devoción a la "santa imagen" para apoyar su empresa, convirtiéndola en "bandera sagrada de su ejército".¹¹

Según Alamán, la religión tenía el papel principal y, en las banderas de la revolución, la inscripción fue: *¡Viva la religión. Viva nuestra madre santísima de Guadalupe. Viva Fernando VII. Viva la América y muera el mal gobierno!* Para el pueblo, todo esto quedaba simplificado con el grito de *¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!*¹²

No menciona un "grito" dado por Hidalgo. Más bien dice cuáles son las principales demandas del movimiento. De éstas, las que se volverán un clamor popular, le parecen a Lucas Alamán una reunión monstruosa, al unir la religión con el asesinato. Dice que ese grito de muerte lo oyó mil y mil veces siendo joven y que todavía resonaba en sus oídos con un eco pavoroso.¹³

Detalla todos los pormenores del principio de la revolución, porque cree que hasta ese momento — 1849 — los hechos no han sido narrados con verdad y exactitud y que han sido desfigurados hasta no reconocerse nada. Culpa a Carlos María de Bustamante de ser el promotor del "enorme error" de que en México sea fiesta nacional el aniversario de un día en que se cometieron tantos crímenes. Agrega que fue una revolución reprobada por la religión, la moral y la buena fe. Solemnizar el 16 de septiembre es, según él, poner como modelo lo que sólo es objeto de horror y reprobación.¹⁴

Alamán dice echar mano de las declaraciones de los insurgentes cuando fueron presos y, de hecho, cita abundantemente la de Aldama. Llega el momento de preguntarle al propio Hidalgo qué fue lo que él dijo y, más aún, qué fue lo que hizo aquella madrugada de septiembre de 1810. En su declaración del mes de junio de 1811, ya prisionero de los realistas, señaló que

¹¹ Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Mariano Lara, 1849, t. I; edición facsimilar, México, FCE, 1985, p. 374-377.

¹² *Ibid.*, p. 379.

¹³ *Ibid.*, p. 379.

¹⁴ *Ibid.*, p. 378.

. . . a las dos de la mañana del diez y seis vino don Juan Aldama diciéndole que en Querétaro habían aprendido a sus confidentes, en cuya vista en el mismo acto, *acordaron los tres dar el grito*,¹⁵ llamando para ello como a diez de sus dependientes, dando soltura a los presos que había en la cárcel, obligando al carcelero con una pistola a franquear las puertas de ella, y entonces les previno a unos y otros que le habían de ayudar a prender a los europeos, lo que se verificó a las cinco de la mañana del mismo día, sin otra novedad que las de unos cintarazos que se le dieron a, José Larrincia [sic] porque se iba huyendo.¹⁶

Es el mismo Hidalgo quien en 1811 dice que dieron el grito, es decir, que se decidieron a dar la voz de alerta para empezar la revolución contra el gobierno de los españoles en esta tierra. A la pregunta de que si él había asignado como armas de sus tropas la imagen de nuestra Señora de Guadalupe y la de Fernando VII, los inquisidores agregaron que seguro lo hizo por seducir mejor a los pueblos y, especialmente, a los indios devotos de esa "santa imagen" y de estar "muy imbuidos en los principios de una justa adhesión a su legítimo soberano". Respondió que *él no dio ninguna orden asignando armas algunas*.¹⁷ Que no hubo más, que al pasar por Atotonilco

tomó una imagen de Guadalupe en un lienzo que puso en manos de uno para que la llevase delante de la gente que le acompañaba y de ahí vino que los regimientos pasados y los que se fueron después formando tumultuariamente, igualmente que los pelotones de la plebe que se les reunió, fueron tomando la misma imagen de Guadalupe por armas, a que al principio agregaban generalmente la del Señor Don Fernando VII y algunos también la Aguila de México; pero hacia estos últimos tiempos ha notado que se hacía menos uso de la imagen de Fernando VII que a los principios. . . y que la ocurrencia que tuvo de tomar en Atotonilco la imagen de Guadalupe, la aprovechó por parecerle a propósito para atraerse a las gentes; pero debe también advertir que la expresada imagen de Guadalupe que al principio todos traían en los sombreros, al fin eran pocos los que la usaban.¹⁸

Las palabras de Hidalgo inscritas en la causa que se le formó pudieron haber sido consultadas por Alamán y, seguramente, las conoció Carlos María de Bustamante. A pesar de esto, ambos recrean su propio relato y agregan al episodio el humor de sus propias pasiones. Ni qué decir de Ser-

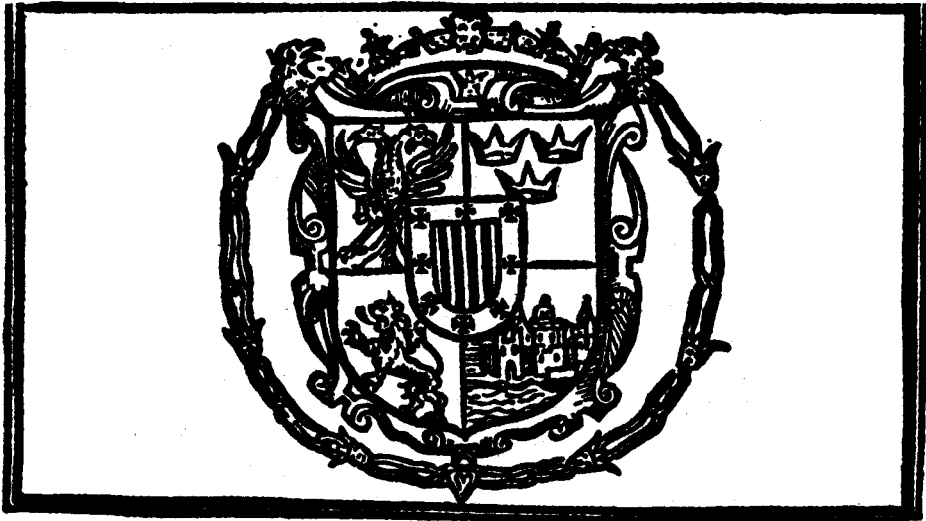
¹⁵ Subrayado mío. Se refiere a Allende, Aldama y a él mismo.

¹⁶ El nombre del español es José Antonio Larrinúa, "Declaración del cura Hidalgo, en ochenta y nueve fojas", documento núm. 2, en J. E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*, México, José María Sandoval, 1877, t. I, p. 9.

¹⁷ Subrayado mío.

¹⁸ *Ibid.*, p. 13.

vando Teresa de Mier que estaba en Inglaterra cuando escribió, y de Zavala y Mora que, aunque escriben en el extranjero, pudieron haber consultado esos papeles antes de salir del país. El padre Mier y José María Luis Mora coinciden en que durante el inicio de la revolución no hubo violencia y que el grito de guerra provenía de las masas. Carlos María de Bustamante es el primero que habla del grito de libertad de Hidalgo — sin decir cuál, tal como Hidalgo lo señaló en su declaración — y no deja de señalar la falta de programa y los robos y saqueos del estallido. Alamán, quien se considera a sí mismo el primero que hace un relato serio de esos acontecimientos, se refiere con amplitud a la violencia desatada por Hidalgo y no menciona ningún grito, ni de parte del caudillo, ni de parte de las masas; más bien se refiere a las inscripciones de las banderas de la revolución que atribuye a Hidalgo, y que, como se ha visto, Hidalgo niega. Todos coinciden al señalar la falta de plan en Hidalgo.



La acción revolucionaria de Hidalgo y el dilema ¿monarquía o república?

Al mediar el siglo XIX los mexicanos, ya totalmente desengañados de su primer optimismo, volvían a hacerse la pregunta sobre el origen de su ser como nación. Los conservadores veían en el movimiento de Hidalgo un origen bastardo, una cuna indigna. Se consideraban independientes — y admiraban como todos a Iturbide — pero no reconocían como suyos los principios del primer levantamiento. Por su parte, los liberales escribieron sobre la enorme trascendencia que había significado para México el cami-

no de libertad abierto por Hidalgo, pero omitieron el relato detallado de los hechos violentos que implicó esa primera revolución.

Cuando en aquel tiempo se dieron a conocer las ideas de Alamán, el gobierno mexicano en turno —del liberal republicano José Joaquín de Herrera— se alarmó porque veía que el trasfondo de los conservadores, al denigrar a Hidalgo, era defender la necesidad de un gobierno monárquico para México. Para vindicar al ilustre caudillo de la insurgencia pero, sobre todo, para refutar a los monarquistas, no pidieron a ningún historiador que escribiera de nuevo la versión de los liberales —que ya la tenían desde Mier, Bustamante, Zavala y Mora. Más bien, usaron de la tribuna que les ofreció el entonces director del Colegio de Minería, José María Tornel —autodefinido como imparcial y que sentía imprescindible su presencia en todo acto público—, quien en la ceremonia de premiación de dicho Colegio, en noviembre de 1849, dictó un discurso memorable en defensa del origen digno de la revolución de independencia y, de paso, del sistema republicano. La función se desarrolló con gran magnificencia y solemnidad. Asistió el presidente de la república, sus ministros y una numerosa concurrencia que vio el colegio iluminado y adornado con guirnaldas. La prensa contó, al día siguiente, que había estado ahí “Todo México”. Sobre el tablado principal se podía leer el nombre de *Hidalgo* y la memorable fecha del *16 de septiembre de 1810*. Las tesis más importantes de ese discurso, largo y lleno de referencias a otros países, fueron que, aunque era mejor silenciar los crímenes cometidos, toda guerra civil estaba acompañada de desgracias y en México, en 1810, en uno y otro bando hubieron hechos dignos de reprobación. Tornel sostuvo que el ser del pueblo mexicano databa desde que se decidió a romper sus cadenas y ataduras, por lo que “el 16 de septiembre fue el primer día de nuestra existencia política”. Aclaró que el mérito de Hidalgo no rebajaba el de Iturbide. Cabe recordar aquí lo que Tornel había escrito en una inflamada proclama —que firmó junto con Antonio López de Santa Ana en 1821— a saber, que Hidalgo fue un héroe sin ventura, aunque su “grito de salvación o muerte fue repetido en Iguala por un héroe más dichoso”.¹⁹ Sin duda este político “imparcial” no tenía problemas para elaborar un discurso patriótico que, sin embargo, no reflejaba su verdadera manera de pensar.

La conclusión de Tornel en el Colegio de Minas fue que el 16 de septiembre era, por lo tanto, “la primera de nuestras fiestas y el orgullo de los libres”. En un tono que no adivinaba todavía lo profético que resultaría, anunció: “esa fiesta se repetirá de año en año mientras vivan mexicanos merecedores de las sangrientas conquistas de sus padres. . . es la fiesta

¹⁹ Antonio López de Santa Ana y José María Tornel, “Valor y constancia es nuestra divisa”, Orizaba, 18 de julio de 1821.

de los propugnadores de nuestros derechos y de los creadores del pacto de la gran familia".²⁰

Tocaría a los protagonistas de la generación que vivió durante la segunda mitad del siglo xix dirimir esas dos posturas, incluso en el terreno de las armas. Sabemos que triunfaron los liberales y que sus ideas son las que heredamos los mexicanos de hoy.

En 1822 una ley solemniza la festividad del grito

Seis meses después de la entrada del ejército trigarante a la ciudad de México, fue promulgada una ley que convirtió el 16 de septiembre en una fecha solemne. Convocaba a los "patriotas mexicanos" a celebrar el aniversario del "grito de independencia dado en la ciudad de Dolores". La fiesta empezó a ser conocida como "Función Cívica" y era costeada por el pueblo con donativos. La de 1825, en la capital de México, es digna de recordarse. El programa decía: ". . . para solemnizar el aniversario del feliz grito de nuestra independencia y libertad". En ese año, la fiesta dio inicio a las doce de la noche del día 15 — para que no se perdiera el "carácter genuino de aniversario" —, pero sólo con repique general de campanas, salvas de artillería y cuetes. Al día siguiente, las campanas tocaron a vuelo desde las cinco de la mañana y despertaron a los "mexicanos patriotas", además de los disparos que atronaron el amanecer. La fiesta empezó con una misa de gracias en la catedral, a la que asistieron el presidente Guadalupe Victoria y los funcionarios importantes. Después, hacia el medio día, mientras el presidente recibía el besamanos de todas las corporaciones, salió de la diputación una procesión que se dirigió a la Plaza Mayor, en la que estaba instalado un gran tablado. El desfile fue de lo más variado, ya que se encontraban personas de rango, extranjeros distinguidos, unos frailes carmelitas — que abrieron la marcha —, seguidos por doce mujeres negras, al parecer de muy buen ver — vestidas con túnicas blancas de muselina, medias de seda, zapatos blancos y gorritos amarillos —, una tropa de esclavos y varios niños huérfanos de los héroes muertos en la guerra por la libertad. La ceremonia en el tablado fue, según un observador, "tiernísima",²¹ ya que Guadalupe Victoria entregó a los niños a un preceptor y, simbólicamente, puso en libertad a los esclavos en nombre de la patria.

En muchos balcones había iluminación y adornos. En el del cónsul inglés, un letrero decía "Amistad para siempre". Los fuegos artificiales en la Plaza fueron magníficos: uno de los castillos representaba a Fernando

²⁰ José María Tornel, "Discurso de J. M. T. en la distribución de Premios de Minería", 17 de nov. de 1849, en *El Siglo Diez y Nueve*, lunes 19 de noviembre de 1849.

²¹ Carlos María de Bustamante, *Diario de lo especialmente ocurrido en México*, viernes 16 de septiembre de 1825.

VII sentado en un trono. Prendieron fuego a su majestad, en clara alegoría de lo que en México se le deseaba. La figura del monarca aparecía también en un cuadro enorme, del que pendían algunos sonetos alusivos. En la pintura, estaba don Fernando en medio de una nube oscura y tempestuosa, de la que salían rayos disparados contra los pueblos libres. Sin embargo, nada podía contra una multitud de patriotas de ambas épocas, la insurgente y la independiente, que cubiertos con el pabellón trigarante, se burlaban de la tempestad.²²

El "populacho de bronce"²³ aguantó impávido un sol infernal en la mañana y un aguacero en la tarde, pueblo feliz para el que, además de los castillos, hubieron funciones de maroma. Las crónicas cuentan que no se vio a ningún español por las calles. Los catrines disfrutaron de un ambigú en "Palacio" y, algunos, remataron en la función de ópera, en cuyo intermedio se estrenó un baile llamado *Alusión al grito de Dolores*.

El presidente Victoria representó el papel del gran libertador y logró transmitir al pueblo la imagen de que era humano, popular y patriota. Los españoles no fueron convidados al festín. Los mexicanos, orgullosos y divertidos, quemaron la efigie del tirano en ese cuarto año de tambaleante vida independiente.

La tradición de festejar el "grito" a las once de la noche del día 15

Paradójicamente, fue el emperador Maximiliano de Habsburgo el que primero celebró el grito en la noche del día 15. Fue en septiembre de 1864 cuando se opuso a conmemorar a Iturbide, con el consiguiente enojo de los conservadores, según cuenta Vigil en el tomo v de *México a través de los siglos*. Rescató la figura de Hidalgo quien, según Maximiliano, sembró el germen de la independencia. Desde una de las ventanas de la que fuera la casa del cura de Dolores, a las once de la noche del 15 de septiembre, el archiduque austriaco dirigió unas palabras al pueblo y terminó diciendo: "¡Mexicanos, que viva la independencia y la memoria de sus héroes!"²⁴

La historiografía de la segunda mitad del siglo xix, que tiene en *México a través de los siglos* la primera síntesis de la historia patria, a partir del triunfo de los liberales ofrece una narración a colores de los sucesos de septiembre de 1810. El autor del tomo III, Julio Zárate, declara que sus fuentes para dicho episodio fueron, entre otras, la *Historia de México* de Alamán, el *Cuadro histórico* de Bustamante, *México y sus revoluciones* de Mora, el *Ensayo histórico* de Zavala, el *Diccionario mexicano de geografía y estadística*, y las declaraciones de Hidalgo, Allende y Aldama.

²² *El Águila Mexicana*, viernes 16 de septiembre de 1825.

²³ Carlos María de Bustamante, *ibid.*

²⁴ José María Vigil, *México a través de los siglos*, México, Editorial Cumbre, 1958, t. v, p. 661 y 662.

Sin embargo, a pesar de las lecturas que dice haber hecho, Zárate recrea también su propia versión:

Eran las cinco de la mañana del memorable 16 de septiembre de 1810, cuando Hidalgo, a la cabeza del ya considerable grupo de insurrectos, desembocó en el atrio de la iglesia. El sol teñía vigorosamente la región oriental y sus primeros reflejos doraban las enhiestas cimas de las torres de Dolores; repicaban alegremente las campanas llamando a la misa del domingo, recurso que tuvo presente Hidalgo para convocar a sus feligreses. . . El cura arengó entonces a la multitud diciendo que el movimiento que acababa de estallar tenía por objeto derribar el mal gobierno. . . que en lo de adelante no pagarían ningún tributo y que a todo el que se alistase en sus filas llevando consigo armas y caballo, pagaría él un peso diario y la mitad al que se presentase a pie. Muchos de los que allí estaban se apresuraron a confundirse con los insurrectos y de aquella compacta muchedumbre salieron robustos los gritos de ¡Viva la independencia, Viva la América, Muera el gobierno. . . Así se proclamó la independencia de México.²⁵

Sucesos que se dieron a lo largo de la guerra son compactados por Zárate, como si hubieran ocurrido ese día glorioso. Lo interesante es, además, que se refiere al aniversario de la independencia, el 16 de septiembre, como "la fiesta que ha fortalecido la fe de los mexicanos en el profundo amor a la patria". Desde 1877, Porfirio Díaz instituyó oficialmente vitorear a la independencia a las once de la noche del día 15 de septiembre — día de su "santo" y su cumpleaños. En 1896 trajo la campana de Dolores al balcón principal de Palacio Nacional, bronce que sería repicado a partir de aquel día, después de las once campanadas del reloj de catedral, y que se acompañaría de un "grito" convocante de ¡vivas! a la república, la libertad y a los héroes de la patria.²⁶

Desde entonces, cada presidente ha dotado al "grito" de un contenido que refleja su cartilla ideológica. Además de nombrar a los héroes de 1810, todos han agregado algo que caracteriza en tan pocas frases a sus gobiernos. Carranza pidió ¡vivas! a Rayón, Matamoros, Mina y Guerrero, mientras la algarabía popular impidió que se oyera lo que gritó Obregón en 1921. Cárdenas lanzó un "¡Viva la Revolución social de México!" en 1937 y, al año siguiente, exclamó: "¡Cooperemos unidos por la paz y el trabajo para hacer un México mejor!" En plena guerra mundial, Ávila Camacho dijo: "¡Viva la libertad humana!" y, en 1944, pidió ¡vivas! para las instituciones. Desde 1962, López Mateos inauguró el decir "¡Vivan los héroes que nos dieron Patria!" Echeverría incluyó en el repaso de los protagonis-

²⁵ Julio Zárate, *México a través de los siglos* (primera edición: 1887), México, Editorial Cumbre 1958, t. III, p. 102-103.

²⁶ Fernando Serrano Migallón, *El Grito de Independencia*, 2a. ed., México, Miguel Ángel Porrúa, 1988, p. 152-153 y 155.

tas de la insurgencia a Benito Juárez y a su héroe personal, Vicente Guerrero, además de que en 1975 adicionó un "¡Vivan los pueblos del Tercer Mundo!" López Portillo, frente al nuevo discurso feminista, agregó a la Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez y voceó por "nuestra soberanía que nos da autodeterminación", palabra ésta que nos recuerda su proyecto político frente a la comunidad económica internacional.²⁷ Por último, Carlos Salinas agregó a la lista tradicional de nuestros próceres, vivas para los Niños Héroes.

Cuando Hidalgo dijo que "decidieron" dar el grito, se refirió concretamente a la voz de alarma que significaba el inicio de la rebelión popular. Los historiadores que narraron primero este hecho escribieron que fue la gente del pueblo la que gritó ¡vivas! y ¡muera! a la religión católica y al gobierno de los españoles, respectivamente. En su declaración, Hidalgo confesó que le faltó tiempo para idear un plan de acción. Sin embargo, a pesar de la crítica de los historiadores de la primera mitad del siglo XIX al respecto, si analizamos lo que pudo decir en su arenga al pueblo convocado y en sus proclamas posteriores, podemos encontrar el móvil de su actitud.

Juan A. Ortega y Medina escribió que, en la libertad que anunció Hidalgo y en el programa de defensa religiosa, éste puso en marcha, "con ligeros retoques afrancesados, el viejísimo plan de restitución cristiana que desde hacía siglos se venía anunciando". Don Juan citó las palabras del mismo Hidalgo, en una carta que éste escribió el 21 de septiembre de 1810 al intendente de Guanajuato, Juan Antonio Riaño.²⁸ En ese documento, Hidalgo asienta que el movimiento de autonomía tenía que ver con una libertad encaminada a recobrar "los derechos santos concedidos por Dios a los mexicanos", sustraídos por los españoles desde la conquista, "que auxiliados de la ignorancia de los naturales y acumulando pretexto santos y venerables, pasaron por usurpar (a los indios) sus costumbres y propiedad. . . y los convirtieron a la degradante condición de esclavos". Ortega agrega que Hidalgo estaba del lado de la filosofía tradicional iusnaturalista cristiana española, de donde tomó el concepto de soberanía popular, y en su ánimo estaba poner el reino a la disposición de Fernando VII, prisionero de los franceses.²⁹

Epílogo

Durante la primera mitad del siglo XIX se festejaban el 16 de septiembre, con la asistencia de los poderes públicos a misa de gracias, y también el 27

²⁷ *Ibid.*, p. 173, 175, 186, 191, 202, 212, 217, 219, 222 y 223.

²⁸ Esta aparece en Pedro García, *Con el cura Hidalgo en la guerra de independencia*, México, Empresas Editoriales, 1948, p. 64.

²⁹ Juan Antonio Ortega y Medina, "El problema de la conciencia cristiana en el padre Hidalgo", en *Filosofía y Letras*, México, UNAM, núms. 47-48, julio-diciembre de 1952, p. 205, 207 y 208.

del mismo mes, día de la consumación de la independencia por Iturbide. Los primeros festejos eran actos antiespañoles. Fueron los liberales Maximiliano y Días quienes inauguraron la ceremonia del "grito" a las once de la noche del día quince, dando su "espaldarazo" a Hidalgo —quien no fue tan liberal, según demostró don Juan A. Ortega y Medina—³⁰ y su total espalda a Iturbide, patrono de los conservadores derrotados. Paradójicamente hablaron de libertad y de soberanía, sobre todo Maximiliano, usando el "grito" de Hidalgo para legitimar su gobierno.

Cada 15 y 16 de septiembre —como lo profetizó Tornel en 1849— celebramos nuestra independencia. La ceremonia oficial pretende que Hidalgo gritó lemas específicos y es por eso que los gobernantes —renovados padres de la patria— se asignan el gritar oraciones que, con el correr del tiempo, se han ido adaptando a las circunstancias de cada quehacer político. Hidalgo no hizo más que convocar a la gente a rebelarse contra la opresión del gobierno colonial. Nuestra fiesta —que se ha ido alimentando a partir de la imaginación y de la pasión de los primeros escritores de la gesta insurgente— es la suma de tradiciones iniciadas en el relato sabroso de fray Servando Teresa de Mier y de Carlos María de Bustamante entre 1813 y 1821, coloreadas después por los vientos liberales y por nuestro propio desarrollo como país. Hoy por hoy reconocemos sin duda, en el llamado de Hidalgo, uno de los orígenes de nuestro ser nacional.

³⁰ *Ibid.*

Un año bajo la dirección de un universitario por excelencia

Amaya Garritz *

El proyecto *Historia de la Historiografía Mexicana* es obra del inolvidable doctor Juan Antonio Ortega y Medina, investigador titular y emérito del Instituto de Investigaciones Históricas, su responsable, y cuenta con la maestra Carmen Vázquez Mantecón como co-responsable. El proyecto está calculado para desarrollarse en tres años, del mes de julio de 1991 al mes de junio de 1994.

Lo conforman estudios integrados en ocho secciones, con sus directores responsables: Carlos Martínez Marín y José Rubén Romero: "Historiografía colonial de tradición indígena"; Rosa Camelo: "Historiografía colonial de tradición europea"; Virginia Guedea: "Los inicios de la historiografía nacional"; Antonia Pi-Suñer: "La crisis de identidad y la búsqueda de una definición política"; vacante, por la ausencia del doctor, "El porfirismo"; María Teresa Bosque: "La novela histórica mexicana"; Luis González y González: "Microhistoriografía"; Amaya Garritz: "Bibliografía general e índices".

Durante poco más de un año, tuvimos grandes logros bajo la dirección y la idea del doctor Juan Antonio Ortega y Medina, que ahora nos falta, pero no sus instrucciones, indicaciones y detalles de lo que quería alcanzar con esta obra. Formamos un equipo de trabajo en el cual muchos de los participantes fuimos sus alumnos, académicos con los mismos fines e intereses, unidos mientras vivió, y con mayor razón y responsabilidad ahora.

A pesar de la ausencia del maestro, nos proponemos seguir —ahora bajo la dirección de la maestra Rosa de Lourdes Camelo— hasta ver culminada esta obra fundamental, el gran ideal de su creador, cuyo lema era: "Trabajen, piensen, discutan y lo demás se dará por añadidura."

El espíritu que nos anima está presente en las metas que él delineó en enero de 1992, y que son:

El proyecto de escribir la obra colectiva *Historia de la Historiografía Mexicana* persigue, en primer término, proporcionar a los alumnos facultativos un cono-

* Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

cimiento, en lo posible exhaustivo, sobre los autores y las obras históricas más representativas que se han publicado en México desde el siglo xvi hasta la primera década del siglo xx. Los futuros profesores e investigadores del pasado histórico nacional necesitan forzosamente conocer lo que en el vasto campo de la historiografía mexicana se ha producido, para que, partiendo del conocimiento analítico de tales obras (incluido el examen de los códices prehispánicos de contenido histórico), se puedan establecer nuevas perspectivas interpretativas y evitar descubrir mediterráneos ya previamente descubiertos.

Por otra parte, esta empresa aspira a cubrir un vacío o desierto interpretativo en el que se ha penetrado muy ligera e intermitentemente. Todas las naciones intelectualmente desarrolladas poseen una historia de la historiografía nacional y solamente México no la tiene, de aquí la urgente necesidad de elaborar una para saber qué métodos, qué reflexiones, qué principios filosóficos y qué concepción del mundo en general y del mexicano en particular han tenido los cronistas e historiadores de la realidad histórica de México en el pasado. Más aún, se trata también de conocer los porqués de las verdades distintas y de las discrepancias entre los historiadores ante cruciales acontecimientos decisivos en la dramática conformación del ser histórico de la nación mexicana.

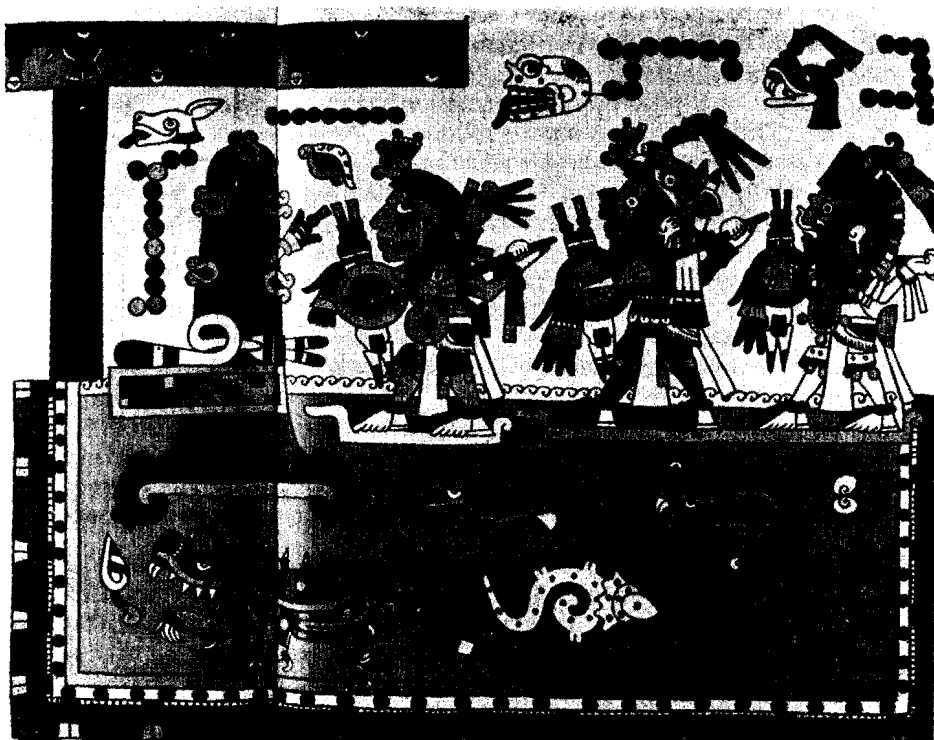
Me referiré al desarrollo del proyecto bajo su dirección, en este primer año, a la coordinación general técnica, y a la sección bibliográfica que están a mi cargo.

Era marzo de 1991. Un gran recuerdo nos queda a todos los participantes de aquella primera junta y de la emoción con la que el doctor Ortega y Medina nos reunió a varios investigadores, a los que con anterioridad nos había citado personalmente para invitarnos a participar de manera formal en el proyecto que presentaría a la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, expresando sus ideas sobre esa obra que fuera una ilusión de tantos años. Sabía, y así lo manifestó, que sin ayuda ya no podría lograrlo. Todos estuvimos de acuerdo en la importancia de la obra que se proponía realizar, y pasadas las preguntas generales, aceptamos colaborar con él.

Nombró allí co-principales en algunas de las diversas secciones que contendría el proyecto, pidiendo a cada uno que expresara sus ideas sobre la sección de la cual era especialista. No fuimos entonces más de seis los que aceptamos: Rosa Camelo, Virginia Guedea, Teresa Lozano, Carlos Martínez Marín, José Rubén Romero y yo.

Personalmente me involucré debido al gran respeto y admiración que siempre tuve por el maestro, después colega y siempre amigo. Creo que esto nos sucedió a todos. Fue mi deseo colaborar con él en la coordinación, ayudándolo a presentar el proyecto general, el presupuesto y los demás requisitos que exigía la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, así como en todos los trámites técnicos que esto ocasionaría.

Agradeció de inmediato mi participación en este aspecto, que él insinuó temer, pero recuerdo con qué énfasis me quiso convencer de que hiciera



también historiografía. Se preocupó porque la parte técnica y de coordinación no me correspondía y no me daría los méritos académicos que él esperaba que todos obtuviéramos al colaborar con él. Tuve que prometerle que coordinaría también la bibliografía general de la obra para que quedara satisfecho.

La labor desarrollada para realizar la coordinación general técnica de esta obra ha sido para mí una experiencia muy gratificante, rica en conocimientos y laboriosa debido a mi inexperiencia en esas cuestiones. Invaluable, además, por permitirme convivir al lado de un académico emérito que me dio siempre un lugar y cuyo respeto hacia mí llegó a ser tanto, que no tomaba decisiones respecto de su proyecto sin pedir antes mi opinión. Ésta fue su actitud también hacia los demás integrantes de esta obra colectiva.

Nunca imaginé en aquel momento la cantidad de cosas que tendría que aprender para desempeñar el ofrecimiento que había hecho. De ser una tranquila investigadora acostumbrada a trabajar un tema, tuve que pasar a ser una especie de organizadora, secretaria académica y administrativa de una gran obra, pensada en tres volúmenes, que poco a poco se ha convertido en un proyecto con más personal académico que el propio del institu-

to de que depende. La secretaria administrativa del propio instituto, María Rosa Martínez Olmos, nos ayuda en los trámites para justificaciones y cheques.

Al repasar con el doctor la guía para presentar el proyecto, descubrimos que no contábamos con un corresponsable menor de cuarenta años, que no sabíamos nada de organización de viajes, qué libros necesitaríamos adquirir, cuánto costaban las computadoras, ni cuántos becarios y personas contratadas por honorarios tendríamos durante tres años. Fue ardua tarea realizar esta parte. Tantos problemas surgieron, que el doctor, al saber que había varios proyectos cuyos responsables estaban llenando esos papeles y requisitos desde hacía un año, me propuso que si el tiempo nos rebasaba y no podíamos presentarlo ese año, lo haríamos el siguiente.

Para mí se convirtió en una meta, tenía que lograrlo. El retrasarlo un año para que todo estuviese perfecto habría sido una gran desilusión para el doctor y eso no entraba en nuestros planes.

Así, los pocos participantes de entonces, empezamos a buscar un corresponsable, becarios que cumplieren los requisitos y estuviesen interesados en la historiografía, haciéndoles realizar pequeños trabajos para ver si podrían iniciarse en la investigación, investigadores responsables y colaboradores de otras secciones. Finalmente encontramos una buena parte de personas idóneas.

Al presentarle terminada la sección financiera del proyecto, el doctor quedó asombrado de mis conocimientos matemáticos, antiguo interés que había olvidado.

Después de mucho trabajo, en poco más de un mes, con la ilusión del doctor, sus consultas a todos, la unión surgida entre investigadores y becarios, el empeño en ganar y algunas noches sin dormir, fue posible la presentación a tiempo del proyecto y su aceptación con todos los requisitos cubiertos.

En menos de un año, el temor expresado por el doctor Ortega y Medina de que mis méritos académicos no fuesen reconocidos, se convirtió, al contrario, en un reconocimiento general a lo que la colaboración entre académicos, basada en la confianza e interés mutuo, puede resolver.

Esta nueva manera de trabajar —los académicos unidos en la realización de una meta conjunta— ha hecho surgir toda clase de circunstancias halagadoras y edificantes.

Al hablar todos el mismo idioma del interés conjunto ha nacido el entusiasmo por fundar seminarios especializados en las diversas secciones, por discutir en el seminario general las propuestas surgidas en estas secciones, por los asuntos generales sobre el proyecto y los trabajos terminados. Esto se puede constatar en la presentación voluntaria de informes para compartir nuevas ideas con los demás y facilitar el informe semestral y anual del proyecto, en el reparto entre todos del material encontrado en

el viaje de un investigador, en la ayuda a los becarios para introducirse en el terreno de la investigación, dándoles un lugar en la obra y dirigiendo sus tesis, en la distribución de información personal y oficial. También se puede observar interés en la búsqueda de la colaboración de investigadores de gran valía dentro y fuera de la UNAM y en el cambio de opiniones con ellos.

A la vez, al estar al tanto del presupuesto con que se cuenta, ha nacido la inquietud de intervenir en lo que se compra, de sugerir cómo aprovechar mejor los viajes que se realizan en busca de documentos guardados en los archivos de otros países, proponer y comprar libros sobre los temas estudiados o fotocopiar los que no existen en la biblioteca y no se pueden conseguir, compartir y enseñar el uso de las computadoras, ordenar y repartir las fotocopias de trabajos originales para su discusión y tantas otras cosas.

Desde un principio, sabíamos la importancia de la obra y la carencia fundamental de ella para la docencia y la investigación en la historia de México y del éxito de la idea, dada la personalidad del doctor y sus colaboradores. Pero creo que nos quedamos cortos al calcular la magnitud y el impacto que causaría y la cantidad de participantes que llegaría a alcanzar en poco tiempo, entre los historiadores del país y del extranjero.

En la actualidad, más de setenta investigadores y quince becarios pertenecientes a diez dependencias de la UNAM y de diez instituciones no pertenecientes a ella se encuentran involucrados en este proyecto. Casi todos los días contamos con más investigadores especializados e interesados en temas historiográficos, de los cuales nos importa su participación. Esta labor continuará hasta contar con todos los autores y estudios propuestos a realizar por los mejores especialistas en ellos.

Una de las bases primordiales del éxito es la forma de trabajo adoptada: el respeto a las ideas de cada investigador y la responsabilidad personal de cada uno respecto de su tema. Cuando han surgido discusiones sobre los trabajos presentados en el seminario general, han sido siempre constructivas y aceptadas con respeto las discrepancias, al estar basadas en réplicas académicas y en el deseo del logro de nuevas ideas sobre la historiografía mexicana.

Su importancia radica en el intercambio de opiniones entre investigadores de todas las tendencias, especializados en el tema, y que en ocasiones han variado las ideas y los conceptos de los de otras secciones o del autor que presenta la ponencia discutida, dando a la vez una nueva luz a otras versiones.

Respecto de la sección bibliográfica, la coordino con la ayuda de los propios autores y de cuatro colaboradores: dos becarias y dos estudiantes de servicio social que realizan la búsqueda de obras en bibliotecas. Su objetivo es registrar no sólo los títulos de las obras, sino el número de edi-

ciones que se han publicado de ellas hasta la fecha, con su localización en las diversas bibliotecas, con la observación de cuántos estudios críticos y de interpretación se han realizado acerca de sus autores, y si en éstos se analiza su obra en general y la de sus colaboradores.

Nos congratulamos de no haber esperado un año para la presentación del proyecto *Historia de la Historiografía Mexicana* y de que la convocatoria de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico haya sido el aliciente que motivó al doctor Juan Antonio Ortega y Medina para tenerlo en marcha becado por Prioridad I.

El doctor falleció el 4 de julio de 1992. Este proyecto fue presentado el 3 de septiembre del mismo año a la comunidad científica en un coloquio organizado por el Centro Universitario de Comunicación de la Ciencia y la Coordinación de la Investigación Científica, un foro creado para fortalecer las relaciones entre investigadores y ampliar su conocimiento en las distintas áreas de la investigación científica. Nos apenó presentarlo sin la compañía del doctor Juan Antonio Ortega y Medina. Nuestro mejor homenaje será concluir su obra.

Proyecto de investigación Historia de la Historiografía Mexicana Los inicios de la historiografía nacional

*Virginia Guedea **

Los trabajos del equipo encargado de esta sección del proyecto se han centrado fundamentalmente en el análisis de las principales obras históricas que nos dejó esa generación de mexicanos nacidos en la Nueva España que se ocupó de sentar las bases de la nueva nación. Activos todos ellos en política, lucharon porque su proyecto de vida nacional fuera el que se impusiera. Y su interés por escribir y dejar a la posteridad no sólo un testimonio de lo acontecido durante esos años sino también una versión que diera cuenta de cómo se dio este acontecer se debe primordialmente a que buscaron con ello explicar y justificar su actividad política. Sus obras tienen un sentido: el de enraizar en la historia mexicana la explicación de un pensamiento político propio, que fue el que rigió su acción y que ellos consideraron producto del grande amor que tenían a su patria. Fueron, pues, sus escritos en buena medida una forma más de hacer política. Por ello, la historiografía que nos da cuenta de los inicios de la nueva nación resulta una historiografía fundamentalmente política.

Entre casi todos estos autores podemos encontrar muchos puntos de contacto. Uno de ellos es, sin duda, el generacional, que en cuanto tal tiene que ver con su formación. Todos ellos se formaron dentro de las ideas de la Ilustración, y en muchos de sus escritos quedó registro de su credo ilustrado. Tuvieron, también, una misma formación religiosa que igualmente dejó huella en sus obras. Pertenecieron, además, a un determinado grupo social, y se desarrollaron en el mismo ambiente. Por otra parte, encontramos también en sus obras la presencia muy clara de respuestas personales, que llegan a ser viscerales, en las que mucho tienen que ver sus experiencias vitales y que son resultado de su muy personal y propia participación en el proceso histórico que les tocó vivir. Por último, todos ellos se plantearon la necesidad de establecer un sistema de gobier-

* Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

no que pusiera a la nueva nación en el lugar destacado que le correspondía ocupar en el concierto de las naciones, porque todos ellos estaban conscientes de que México era poseedor de una gran riqueza. Riqueza que, por muy realistas que pretendieran ser, siempre exageraron, ya que pensaban que si esa riqueza había sostenido una parte importante de un gran imperio, sin tener ya que hacerlo sería suficiente para que la antigua Nueva España, que había sido la joya más preciada de la corona española, pudiera sobreponerse al terrible desastre que para su economía representaron once años de lucha armada.

También entre casi todos ellos encontramos diferencias que es necesario tomar en cuenta para su cabal comprensión, tanto en lo individual como ubicados en un contexto generacional.

En primer término, se encuentran las diferencias en el terreno político, en el que si bien todos coincidieron en que la meta última a alcanzar debía



ser la de organizar adecuadamente a la nación, no todos coincidieron en la forma de hacerlo. Estas diferencias también se dieron en cuanto a las soluciones económicas propuestas, ya que a pesar de compartir casi todos —por conservadores que fueran algunos de ellos— el liberalismo económico, difirieron en el grado de aplicación que debía dársele. Igualmente se encuentran diferencias en cuanto a sus proyectos educativos. Todos, como buenos ilustrados, estaban de acuerdo en que la nación destacaría cuando todos sus habitantes fueran capaces de ejercer plenamente su razón, porque únicamente el que la ejerce puede llegar a ser en realidad ciudadano. Y a este ejercicio de la razón sólo es posible llegar mediante la educación. Pero el cómo se iba a impartir esa educación y en manos de quién se iba a dejar fue otro punto importante de disidencia. Si bien casi todos estaban de acuerdo en que la Iglesia no tenía que ser la única depositaria, unos deseaban privarla prácticamente de toda ingerencia mientras que otros no. Y es en relación con el papel que debía desempeñar la Igle-

sia en la nueva sociedad donde los desacuerdos fueron quizá más numerosos.

Pero el proceso de formación de la nueva nación no sólo despertó el interés de los mexicanos ocupados en constituirla. También despertó el interés de quienes habiendo nacido en otras latitudes lo consideraron objeto digno de su análisis. Fueron varias las obras escritas por extranjeros que durante esos años vieron la luz, cuyo estudio resulta indispensable para la cabal comprensión de ese proceso, ya que nos dan la visión que desde fuera se tuvo de la experiencia mexicana. Algunos de estos autores, como Humboldt y Robinson, nos proporcionan además información de gran interés y de primera mano en su calidad de testigos presenciales. Y todos ellos contribuyen a enriquecer nuestro conocimiento de la historia del México de esos años.

Los autores que consideramos que debían ser objeto de estudio están siendo trabajados por distintos miembros del equipo. Así, Enrique Plascencia quedó encargado de Lucas Alamán, mientras que del *Cuadro histórico* de Carlos María de Bustamante se ocupa Lourdes Quintanilla. A su vez, Teresa Lozano se encarga de la obra de Lorenzo de Zavala y, de la de José María Luis Mora, Anne Staples. El padre Mier fue abordado por Yael Bitrán, quien ya entregó su trabajo, y el doctor Ortega y Medina se ocupó de Luis G. Cuevas. Tadeo Ortiz, del que ya tenemos un primer borrador, ha corrido a cargo de Enrique Covarrubias. Por su parte, Cecilia Noriega se ocupa de Mariano Otero, Carmen Vázquez de José María Tornel, Teresa Lozano de Anastasio Zerecero y Miguel Soto de Vicente Filisola. En cuanto al *Diario* de Bustamante, será trabajado por varios de los miembros del equipo. En lo que se refiere a los autores de fuera, Enrique Covarrubias se ocupará de Alejandro de Humboldt y Virginia Guedea de William Davis Robinson. En cuanto a Pablo Mendíbil se ocupa de él María Eugenia Claps; Vicente Rocafuerte y Joel R. Poinsett corren a cargo de Jaime E. Rodríguez O., y William Prescott es abordado por Alicia Mayer.

Como puede verse, el equipo que se ocupa de los inicios de la historiografía nacional está integrado por investigadores procedentes de diversas instituciones. Además de investigadores del Instituto de Investigaciones Históricas, dependencia a la que está adscrita una buena parte de los miembros del equipo, éste cuenta con investigadores de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, de la ENEP Acatlán — también de la UNAM —, de El Colegio de México, El Colegio de Michoacán y de la Universidad de California. En cuanto a la manera en que se han llevado a cabo los trabajos, si bien cada autor es trabajado en forma individual, los miembros del equipo asistimos a un seminario semanal, ya sea para revisar el trabajo efectuado por alguno de nosotros, ya para comentar el texto de algún autor en particular. Así, en última instancia, nuestra labor será producto de un verdadero trabajo en equipo.

Proyecto de investigación
Historia de la Historiografía Mexicana
Periodo 1848-1889
En búsqueda de una identidad nacional

*Antonia Pi-Suñer Llorens**

Antes de entrar en materia quisiéramos aclarar que nuestro grupo no se propone analizar toda la historiografía de la segunda mitad del siglo XIX, sino que se encuentra trabajando a los historiadores que cubren, más o menos, el periodo que va de 1848 a 1889. Es evidente que el pretender hacer cortes cronológicos precisos en una investigación de carácter historiográfico como la que estamos realizando es una labor arriesgada, pues son muchos los casos en que el autor que estudiamos pertenece a una generación dada, mientras que parte de su obra ha sido escrita en tiempos posteriores. A pesar de estos inconvenientes, hemos querido dar una coherencia historiográfica al periodo que nos ocupa, y es por ello que hemos elegido las fechas de 1848 y 1889 como de su inicio y fin.

El haber elegido a 1848 como fecha inicial obedece a razones muy obvias. Es de todos conocido que uno de los resultados de la desastrosa guerra con los Estados Unidos fue el poner en evidencia la falta de cohesión nacional, de un sentido de nación. Fue así como surgió la necesidad de dotar a nuestro país de una historia general que fuese a la vez propuesta de solución a muchas de las luchas que se habían vivido —y que se vivían— y explicación de muchos sucesos anteriores. Dicha historia, escrita objetivamente y tratando de encontrar la "verdad", permitiría a la nación mexicana el conocerse —y aceptarse— a sí misma y enfrentar su futuro con seguridad.

Fue en aquel momento que una nueva generación de intelectuales puso el mayor empeño, por un lado, en dar a conocer la realidad mexicana, tanto histórica como geográfica, a través del *Diccionario universal de historia y geografía*, y por otro, en buscar y rescatar todos los documentos que permitiesen el "construir" dicha historia general. De acuerdo con los aires

* Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM.

de modernidad que soplaban en el viejo continente respecto de la historiografía llamada "erudita" o "científica" y muy conscientes de que su labor no consistía más que en preparar el terreno para que la siguiente generación lograra erigir tal monumento, aquellos eruditos dedicaron su vida al rescate documental. Debido a las enredadas vicisitudes que vivió nuestro país en las siguientes décadas, esta historia general no se escribió hasta los primeros años del porfiriato, publicándose en 1884 el primer tomo del *México a través de los siglos*. El último y quinto volumen de dicha obra no salió a la luz hasta 1889, por lo que en esa fecha concluye, a nuestro parecer, una etapa historiográfica bien definida.

Ahora bien, es evidente que a la vez que surgía esta inquietud por dotar a nuestro país de una identidad nacional a través de una explicación integradora de todo su proceso histórico, se siguieron escribiendo obras de tipo ideológico en que la historia se utilizó como arma política tanto para justificar ciertas actitudes como para imponer ciertas ideas. En este sentido, la historiografía fue escrita por el partido liberal o por el conservador y varió su discurso según su origen, fenómeno que se explica dadas la guerra civil y la intervención extranjera que vivió nuestro país por más de diez años.

Éstos son pues los lineamientos principales del periodo que nos encontramos coordinando, al que podríamos definir como el del momento en que surge la necesidad de construir una historia general y su gestación. Cabe insistir en que *México a través de los siglos* resultó ser una mezcla de las dos maneras de escribir historia que hemos expuesto. Por un lado su intención, muy clara, fue de dotar a nuestro país de una historia nacional en que se presentase nuestro devenir histórico sin retrocesos o rupturas internas. Basada en documentos de primera mano y de acuerdo con los postulados de la historiografía erudita, dicha historia tendría que ser objetiva e imparcial y, por lo tanto, conciliadora. Sin embargo, y apartándose del propósito de aquellos que por los años cincuenta insistieron en la necesidad de una historia general que sirviese para dar cohesión a la nación, *México a través de los siglos* acabó siendo una obra triunfalista, portadora de un discurso jacobino y anticonservador, como lo habían sido las historias parciales de la primera mitad del siglo XIX. Los liberales, habiendo logrado imponerse sobre los conservadores, escribieron una historia general en que la mayoría de los héroes resultaron ser solamente los suyos.

Éstos son pues los lineamientos principales del periodo que nos encontramos coordinando. Dadas sus características, caben en él historiadores de dos generaciones. La primera es aquella que Luis González y González ha llamado "la pléyade de la reforma"¹ y que incluye autores nacidos entre 1805 y 1825; la segunda, "la generación tuxtepecadora"²

¹ Luis González y González, *La Ronda de las generaciones*, México, SEP-Cultura, 1984, p. 9.

² *Ibidem*, p. 23.

—acuñación del mismo autor—, con integrantes nacidos entre esta última fecha y 1840. Hemos tratado de incluir a todos aquellos autores que, por una razón u otra, escribieron obras con un sentido historiográfico o que, no considerándose capacitados para ello, hicieron una labor de recopilación tan importante que merecen ser tomados en cuenta en una historia de la historiografía mexicana. Si bien la lista de escritores que analizamos no pretende ser exhaustiva, hemos procurado que aparezcan en ella personajes que, como José María Lafragua o Matías Romero, no se relacionan con una labor historiográfica.

Pasamos ahora a referirnos a las cuestiones materiales del proyecto. El grupo que coordinamos se encuentra compuesto por diecinueve personas, procedentes de distintas instituciones como la ENEP-ACATLÁN, el Instituto de Investigaciones Históricas, el Instituto de Investigaciones Bibliográficas y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto de Investigaciones José María Luis Mora y el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana. El noventa y cinco por ciento de los investigadores son titulados, procediendo un buen número de los más jóvenes de la ENEP-ACATLÁN, en donde han desarrollado temas de tesis relativos a la historiografía mexicana. Contamos también con algunos becarios, mismos que están elaborando su tesis a partir de nuestro proyecto de investigación. Todos los componentes de nuestro seminario han mostrado gran entusiasmo e interés. Todos ellos están conscientes de que la mejor manera de rendir homenaje a nuestro querido y añorado maestro, el doctor Juan Antonio Ortega y Medina, será el llevar a buen término este proyecto que él formuló y que tan caro le era.



Todo material sin firmar
es responsabilidad del editor



Ilustraciones:

Pedro Pérez Herrero *et al.*, *México colonial*; Bradley Smith, *México: a history in art*; Octavio Paz *et al.*, *México: esplendores de treinta siglos*.

Portada:

Retrato del doctor Ortega y Medina por Carolina Lomelí Begerent.

Composición tipográfica e impresión:

Talleres Hemes Impresores

Tiraje: 1 500 ejemplares

Para cualquier asunto relacionado con *Históricas*,
favor de dirigirse a: Dra. Gisela von Wobeser/Mtro. Pablo Serrano
Instituto de Investigaciones Históricas
Circuito doctor Mario de la Cueva
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.
Teléfono y 9FAX: 665-00-70

